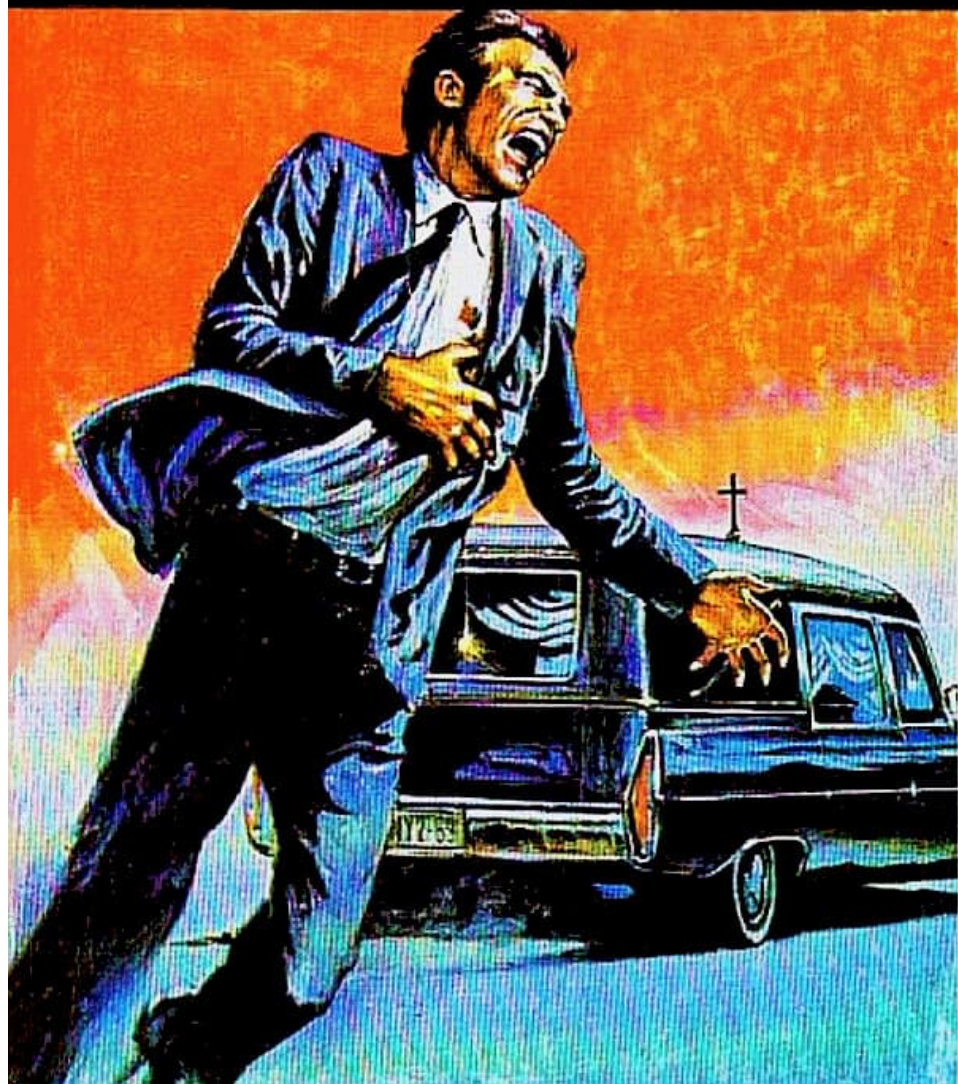


SERVICIO
SECRETO

SS

CEMENTERIO PARA DOS

Joseph Berna



La chica, de apenas veintidós años de edad, se despojó de la corta bata de baño y quedó en bikini.

Con aquellos dos breves trapitos, que a duras penas lograban ocultar lo que se supone que una mujer no debe enseñar salvo en determinadas circunstancias, se tendió cuan larga era sobre la reluciente cubierta.



Joseph Berna

Cementerio para dos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1514

ePub r1.0

Lds 26.02.18

Título original: *Cementerio para dos*

Joseph Berna, 1979

Cubierta: Norma

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1514. Bruguera – 1979

Colección PUNTO ROJO n.º 58. Ediciones B – 1994

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El yate navegaba majestuosamente por el océano Pacífico.

Un yate grande.

Moderno.

Precioso.

El último grito en yates, vamos.

Una rubia subió a cubierta.

Alta.

Hermosa.

Exuberante.

El último grito en rubias, vamos.

La chica, de apenas veintidós años de edad, se despojó de la corta bata de baño y quedó en bikini.

Plateado.

Brillante.

Reducidísimo.

El último grito en bikinis, vamos.

Con aquellos dos breves trapitos, que a duras penas lograban ocultar lo que se supone que una mujer no debe enseñar salvo en determinadas circunstancias, se tendió cuan larga era sobre la reluciente cubierta.

De cara al sol.

Al sol... y a los hombres que permanecían en cubierta.

Cuatro, en total.

Todos altos.

Todos fuertes.

Todos musculosos.

Todos con los ojos fijos en ella.

Y no era difícil de adivinar lo que en aquellos momentos estaban

pensando.

Pero no pasarían de eso, de pensarlo.

Podían acariciarla, desnudarla del todo, morderle cosas, incluso hacerle el amor, pero sólo con la mirada.

Ella, Rosanna Darnell, era la amiguita de Mark Holbrook, el propietario del carísimo yate.

Y Mark Holbrook haría desollar vivo a aquel de sus empleados que se atreviese a rozarle siquiera uno de sus cabellos.

Rosanna lo sabía.

Por eso no le daba ningún miedo exhibirse casi desnuda a los hambrientos ojos de los hombres de Holbrook.

A decir verdad, gozaba con ello.

Despertando su deseo.

Provocando su excitación.

Un deseo y una excitación que se veían obligados a reprimir, porque ninguno de ellos olvidaba que ella era una fruta madura, jugosa y apetecible, pero prohibida.

Y a Rosanna le encantaba serlo.

Era así de perversa.

Recibiendo la agradable caricia de los rayos del sol en su piel, tersa, suave, maravillosamente bronceada, permaneció algunos minutos echada de espaldas en la cubierta.

Después, se puso boca abajo.

Los ojos de los cuatro hombres siguieron clavados en ella.

Y es que por detrás estaba tan apetecible como por delante.

O más, porque la parte posterior de la pieza de abajo del bikini era una especie de cordoncito que desaparecía casi totalmente por...

Bueno, por el único sitio por donde puede desaparecer, no es necesario entrar en detalles.

El caso es que la erguida y tentadora grupa de Rosanna Darnell quedaba totalmente visible, para gozo —desesperación, más bien— de los cuatro empleados de Mark Holbrook.

Rosanna los miró por el rabillo del ojo.

Se dio cuenta de que tres de ellos tenían la cara muy roja, y no a causa del sol del mediodía, precisamente.

Es que ya no podían más, los pobres.

El cuarto, en cambio, parecía resistir mejor la tentación.

Reprimir con más facilidad su deseo.

Disimular mucho mejor su excitación.

Era, precisamente, el más apuesto de los cuatro.

Se llamaba Barry Layton, tenía el pelo oscuro, un tanto rebelde, y aparentaba unos veintiocho años de edad.

Vestía ajustados tejanos blancos, una ceñida camiseta negra, de mangas muy cortas, y calzaba zapatillas de deporte.

Rosanna lo miró más directamente.

Sin ningún disimulo ya.

Esperando turbarle con sus ojos de gata muy gata.

No fue así.

Barry no dio muestras de ningún nerviosismo.

Tampoco apartó su mirada.

Resistió valientemente la de ella.

Rosanna irguió un poco el torso, quedando apoyada en los antebrazos.

Lo hizo con toda intención, porque sabía que, en aquella posición, la pieza superior del bikini servía de muy poco.

De nada, para ser exactos.

Todo quedaba a la vista... y Barry Layton todo se lo vio.

Y los otros tres hombres también, claro.

El uno carraspeó, como si de pronto se le hubiera formado una telaraña en la garganta.

El otro tosió, como si acabara de tragarse una mosca.

El tercero estornudó, aunque no estaba resfriado.

Tres formas distintas de demostrar que se está a punto de explotar por algo.

Barry Layton no hizo nada de eso.

O tenía los nervios de acero, o estaba demasiado acostumbrado a contemplar, con todo detalle, hermosos pechos de mujer.

Rosanna pareció picarse un poco.

Sin duda esperaba que Barry se derritiera, como les estaba sucediendo a Harold, Logan y Charlie, los otros tres hombres a las órdenes de Mark Holbrook.

De pronto, Rosanna Darnell se puso en pie, se colocó la bata de baño, y echó a andar hacia la escalera que conducía a los camarotes.

Estaba a punto de desaparecer por ella, cuando giró la cabeza y

llamó:

—Barry.

Éste se acercó.

—¿Sí, señorita Darnell...?

—Venga conmigo, haga el favor.

—¿Adónde?

—A mi camarote.

Barry Layton se puso en guardia.

—¿A su camarote?

—Tengo un problema en la ducha, y quiero que trate usted de solucionarlo —explicó, en voz alta y clara, para que pudieran oírlo Harold, Logan y Charlie.

—¿Qué le pasa a su ducha? —preguntó Barry.

—Que no ducha.

—¿Quiere decir que no cae el agua?

—Gota a gota. Es desesperante, créame.

—Sí que debe serlo —sonrió Barry, mostrando una dentadura sana y perfecta.

—A ver si puede usted arreglármela, Barry —sonrió también Rosanna, embaucadoramente.

—Mi fuerte no es la fontanería, precisamente, pero haré lo que pueda.

—Gracias, Barry. Vamos.

Fueron los dos al camarote de la amiguita de Mark Holbrook.

Apenas entrar en él, Rosanna cerró la puerta y se quedó junto a ella, la espalda pegada a la hoja de madera.

Barry notó que le miraba de un modo extraño.

Extraño... y peligroso.

—Voy a ver esa ducha, señorita Darnell —dijo, haciendo ademán de caminar hacia el cuarto de baño.

La voz de Rosanna le detuvo en seco:

—No es necesario, Barry.

—¿Cómo?

—A mi ducha no le pasa nada, funciona perfectamente.

Barry frunció el ceño.

—¿Por qué me ha hecho venir, entonces?

Rosanna sonrió maliciosamente.

—¿De veras no lo adivinas, Barry...? —dijo, tuteándole, al

tiempo que se despojaba lentamente de la bata de baño, dejándola caer al suelo.

Los ojos de Barry Layton, castaños y brillantes, no pudieron evitar el recorrer la explosiva anatomía de la amiguita de su jefe.

—Señorita Darnell...

—Hasta que salgas de aquí llámame Rosanna a secas. Y puedes tutearme, también. Así será todo mucho más íntimo —dijo atrevidamente la rubia.

—¿Qué es lo que pretende?

—Para empezar, que me beses.

—No pienso hacerlo.

—¿No te gusto lo suficiente...? —Rosanna puso los brazos en jarras y aspiró todo el aire que pudo.

Barry le miró los senos, que estaban a punto de desbordarse.

—Usted es la chica del señor Holbrook, Rosanna —recordó, sin perder la serenidad.

—Cierto —asintió ella—. Pero él no está en el yate...

—Puede volver de un momento a otro.

—No volverá hasta la tarde. Fue a Honolulu, a esperar a una sobrina suya que viene de San Francisco. Almorzarán allí, tranquilamente, y luego subirán al helicóptero de Mark. Y teniendo en cuenta que nos hallamos a más de doscientas millas de Honolulu...

—Puede enterarse, cuando regrese.

—Imposible. Sólo se enteraría si yo se lo dijese Y, por la cuenta que me tiene, mantendré la boca bien cerrada.

—Están Harold, Logan y Charlie... —observó Barry.

—¿Y qué pueden decirle ellos? Creen que estás arreglando mi ducha —recordó Rosanna, que parecía haberlo previsto todo.

—Es posible que sospechen la verdad.

—Bueno, pues que sospechen, no me preocupa. Con simples sospechas no se va a ninguna parte. Y menos, a Mark Holbrook.

Barry Layton se mantuvo callado.

Rosanna Darnell movió sus rojos labios de forma terriblemente sensual. Incluso asomó la punta de la lengua por entre sus blancos dientes.

—Bésame, Barry... —pidió, con acaramelada voz.

Layton no se movió.

Rosanna dio un paso hacia él y se colgó de su cuello, pegando materialmente su cuerpo al de él.

Un segundo después, lo besaba ávidamente en la boca, procurando llegar hasta lo más profundo de ella con la suya.

Barry no respondió a la apasionada caricia aunque tampoco hizo nada por rechazarla.

Rosanna adivinó que la resistencia de él flaqueaba.

Decidida a vencerla por completo, soltó el cuello masculino.

Un instante después, soltaba otra cosa: la pieza superior del bikini.

Entonces, cogió las manos de Barry, que no se decidían a tocar nada, y las guió hasta sus poderosos senos, para que él los acariciara.

Si Barry Layton hubiera cedido finalmente a sus deseos o no, es algo que Rosanna Darnell se quedó sin saber por el momento, pues la puerta del camarote se abrió de pronto y Harold, el más corpulento de los hombres de Mark Holbrook, los sorprendió así.

Boca contra boca.

Cuerpo contra cuerpo.

Las manos de Barry sobre los rotundos senos de Rosanna, aprisionándolos.

Ambos separaron sus bocas al instante, claro.

—¡Harold...! —exclamó Rosanna, tan nerviosa como asustada.

Barry se apresuró a retirar sus manos del busto desnudo de la rubia.

Rosanna recogió a toda prisa el sujetador del bikini y se lo colocó, de espaldas al inoportuno Harold.

Aún no se lo había abrochado, cuando ya el hercúleo individuo saltaba sobre Barry, rugiendo:

—¡Yo te enseñaré a respetar a la chica del jefe, estúpido!

CAPÍTULO II

Barry Layton no pudo esquivar la embestida y él y Harold rodaron por el piso del camarote, mientras Rosanna Darnell daba un chillidito de rata asustada.

Barry logró separarse de Harold, y se puso en pie antes que éste, a quien apuntó con el brazo.

—No tenemos por qué pelear, Harold —dijo.

Harold debía seguir pensando que sí, porque se irguió de un salto y se arrojó de nuevo sobre Barry, con los puños por delante.

Barry se agachó de repente y Harold pasó como un torpedo por encima de él.

Tuvo suerte de que detrás de Barry se hallase la puerta del camarote, y de que ésta continuase abierta de par en par, porque eso le libró de estrellarse contra algo sólido antes de perder su impulso.

Bueno, una suerte relativa, porque se estrelló contra el suelo del corredor, que tampoco tenía nada de blando.

Harold blasfemó duramente, metiéndose con el padre de Barry, con la madre, y con el juez que los casó.

Demasiado.

Que se metiese con el juez que los casó, pase.

Pero con su padre y con su madre...

Barry apretó las mandíbulas y fue hacia Harold, dispuesto a hacerle tragar los insultos uno por uno.

No esperó a que se levantara, lo levantó él, agarrándolo por las patillas, largas y muy pobladas.

Que se le podía agarrar perfectamente de allí, vamos.

Harold bramó, porque tenía la sensación de que se las estaban arrancando a cámara lenta.

Barry, cuando lo tuvo en pie, le soltó los patillones y disparó su puño derecho.

La quijada de Harold crujió como un viejo acordeón desafinado, y el tipo se vino abajo al instante, dando una vuelta de campana en el estrecho corredor.

Harold volvió a blasfemar.

Esta vez, se metió con la tía de Barry.

Barry no tenía ninguna tía, pero como caso de haberla tenido no le hubiese gustado que nadie la insultase, fue de nuevo hacia Harold.

Éste se incorporó con rapidez, para evitar que Barry lo agarrara otra vez de las patillas, que seguían doliéndole una barbaridad.

Intentó sorprenderle amagando con la derecha y soltando la izquierda.

No lo consiguió.

Barry ladeó la cabeza a tiempo, burlando hábilmente la maza de su rival, y respondió con un seco golpe al hígado.

A Harold se le puso cara de luciérnaga hembra.

Sí, su piel adquirió un tono blanco verdoso, muy parecido a la fosforescente luz que despiden los coleópteros mencionados.

Boqueaba, además, como un viejo dragón moribundo, tratando de llevar aire a sus pulmones, porque el golpe le había cortado la respiración y se ahogaba.

A Barry Layton le daba igual que se ahogara o no.

Le largó un trallazo al rostro y lo mandó al suelo otra vez.

Harold quedó tendido, inmóvil, inconsciente a causa del castañazo recibido.

Pero la pelea no había terminado.

Logan y Charlie ya estaban descendiendo por la escalera, sin duda atraídos por el ruido de la pelea y las palabrotas que lanzara Harold.

Sin perder tiempo preguntando qué había sucedido, corrieron los dos hacia Barry Layton.

Por fortuna para Barry, la estrechez del corredor obligó a los tipos a atacarle de uno en uno.

Logan, que tenía cara de boxeador sonado, iba delante.

Barry le recibió con un potente derechazo y lo acabó de sonar, a juzgar por la cara de retrasado mental que puso el tipo antes de

caer sobre Charlie, quien lo sostuvo a duras penas.

—¡Atácale de nuevo, Logan! —rugió Charlie, cuyas orejas parecían dos hojas de parra, por lo grandes y por lo raras.

—¿A cuál de los dos? —preguntó Logan, que seguía con cara de idiota.

—¿Cómo?

—Veo doble, Charlie... Debe ser efecto de la cox que me ha soltado esa mula de Barry.

—¡Aparta, déjame lo a mí! —Ladró Charlie.

—Es todo tuyo —accedió Logan, permitiendo que su compañero le pasara.

Charlie puso en marcha su puño diestro.

Pero falló.

Barry Layton contraatacó con rapidez.

Y él no falló.

La mandíbula de Charlie podía dar fe de ello.

La cara del tipo salió despedida.

Y con ella el resto del cuerpo, claro.

Charlie esperaba que Logan lo sostuviera, pero éste seguía bajo los efectos del castañazo que recibiera y, aunque lo intentó, no pudo recogerlo, y ambos se fueron al suelo.

Charlie sacudió la cabeza, porque veía docenas de margaritas flotando en el aire, y eso no era normal.

—Cómo sacude, el condenado —rezongó, tocándose la barbilla.

—Te dije que era una mula —recordó Logan.

—Podremos con él, no te preocupes.

—¿Tú también ves doble, Charlie...?

—No, yo veo margaritas.

—Es más romántico.

—Arriba, Logan.

—Tú primero, Charlie.

—No es momento para cortesías.

—No es cortesía, es que tú estás encima de mí.

—Oh, perdona. No me había dado cuenta.

Charlie se puso en pie.

Logan lo imitó y preguntó:

—¿Quién de los dos le ataca?

—Yo, que estoy delante.

—Muy bien. Y no te preocupes, esta vez sí te sostendré.

Charlie lo fulminó con la mirada.

—A esto le llamo yo dar ánimos.

—Si quieres que le ataque yo... —murmuró Logan.

—¿Sigues viendo doble?

—Sí.

—Entonces, le ataco yo. Tú le darías al que no es.

—Suerte, Charlie.

El de las orejas como hojas de parra se lanzó valientemente sobre Barry Layton.

Éste no tuvo grandes dificultades para esquivar la acometida de Charlie, cuyo pómulo «tanteó» seguidamente con uno de sus puños.

Fue un golpe con efecto.

Charlie giró sobre sí mismo, como una peonza, y luego cayó en brazos de Logan, quien, recuperado ya del golpe que sufriera, logró sostenerle esta vez.

—¿Te encuentras bien, Charlie...?

—No, me encuentro mal.

—¿Sigues viendo margaritas?

Charlie pareció atrapar algo en el aire y se puso a pellizcarlo.

—Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere...

—Sigues viéndolas, no hay duda —rezongó Logan, y dejó a su compañero sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared del corredor.

—¿Vas a atacarle, Logan? —preguntó Charlie.

—Claro. Es mi obligación, ¿no?

—Dame la dirección de tus padres.

—¿Para qué?

—Les escribiré, si te sucede algo.

Ahora fue Logan quien fulminó con la mirada a Charlie.

—¿Por qué no vas preparando mi corona, ya? —Gruñó.

—Buena idea. Flores hay de sobra —dijo Charlie, y se puso a coger las margaritas que veía flotar en el aire.

Logan estuvo a punto de soltarle un revés, pero prefirió soltárselo a Barry Layton, aunque intuía que esto iba a ser bastante más difícil.

Barry era muy hábil esquivando golpes.

Y muy certero propinándolos.

Por fortuna para Logan, Harold, el sujeto que sorprendiera a Barry y Rosanna pegándosela a Mark Holbrook, había vuelto en sí, y ya se estaba incorporando.

Silenciosamente.

Para sorprender a Barry por la espalda.

Y lo consiguió.

Rosanna Darnell hubiera podido evitarlo, avisando a Barry, pero no lo hizo.

Harold cayó sobre él y le sujetó fuertemente los brazos.

—¡Atízale, Logan! —gritó.

—¡Voy! —rió fieramente Logan, y proyectó su puño derecho.

Hacia la cara de Barry.

Con la potencia necesaria para dejársela plana.

Así lo entendió Barry, y por eso se apresuró a ladear la cabeza.

El puño de Logan le rozó la oreja.

A Harold le hizo mucho más.

Sí, porque el patilludo sé tragó materialmente el puño de Logan.

Se escuchó un espeluznante ruido de dientes arrancados de cuajo y Harold salió catapultado, estrellándose contra el suelo.

—Harold... —musitó Logan, quedando paralizado por su tremendo fallo.

Barry Layton le cascó con la zurda, en el mentón, y lo desparalizó en el acto, arrojándolo sobre Charlie.

Éste dijo:

—Tu corona ya está a punto, Logan. Ahora voy con la de Harold.

—Tres —murmuró Logan.

—¿Quieres que prepare otra para mí...?

—Que ahora veo tres Barry Layton, digo.

—No me extraña. Aunque Harold debe ver por lo menos seis, a juzgar por los aullidos que da. Y no por culpa de Barry, precisamente.

—Yo no quería pegarle a él, sino a Barry.

—Lo sé, pero le diste a Harold.

—Un fallo lo tiene cualquiera.

—Ya veremos lo que opina Harold, cuando le pase el dolor y se levante.

—Querrá hacerme migas.

—Seguro.

Barry Layton levantó las manos en son de paz.

—¿Por qué hemos de pelear, muchachos?

—Y lo dice ahora... —rezongó Logan, palpándose el pómulo castigado, que ya abultaba el doble que el otro.

—Yo no quiero golpearos, de veras —añadió Barry.

—Pues si llega a querer... —masculló Charlie.

—Todo empezó por un malentendido de Harold.

—¡Y un cuerno! —bramó el patilludo, con la boca llena de sangre y varios huecos en la dentadura.

Barry se volvió hacia él.

—Te aseguro que te equivocaste, Harold. No estaba sucediendo lo que tú creíste que sucedía.

—¡Estabas besando a Rosanna!

—¿Quién estaba besando a Rosanna? —preguntó una voz que todos conocían, respetaban... y temían.

Barry, Harold, Logan y Charlie miraron hacia la escalera por la que se subía a cubierta.

Rosanna Darnell, que estaba en la puerta de su camarote —tras abrocharse la pieza superior del bikini, se había puesto la bata de baño—, también miró hacia allí.

—Mark... —musitó, con voz estrangulada.

CAPÍTULO III

Sí.

Era Mark Holbrook, el propietario del yate.

Un hombre de talla superior a la corriente y robusta complexión, que vestía con elegancia y rondaba los cuarenta años de edad, de rostro duro, varonil y atractivo.

Tras él se hallaban Andrew y Paul, los dos empleados que le habían acompañado a Honolulu en el helicóptero.

Ambos, fuertes y corpulentos como luchadores profesionales, esgrimían sendas pistolas automáticas.

Barry Layton, sin embargo, apenas miró a Holbrook, Andrew y Paul.

Toda su atención la acaparó la chica que se hallaba al lado de Mark Holbrook.

Era muy joven.

Dieciocho o diecinueve años, a lo sumo.

Tenía el pelo castaño, los ojos ligeramente rasgados, los labios carnosos y brillantes...

Un rostro, en suma, como para soñar con él todas las noches.

Lo mismo podía decirse de su cuerpo.

Un cuerpo largo, esbelto, sin curvas exageradas, pero con los relieves necesarios para hacerla terriblemente deseable.

De hecho, Barry ya la deseaba.

Aunque lo primero era salir con bien del lío en que le había metido Rosanna Darnell, la ardiente amiga de Holbrook.

Y Barry se temía que no le iba a ser fácil...

Mark Holbrook, tras observar fijamente a Rosanna, Barry, Harold, Logan y Charlie, dejó oír de nuevo su autoritaria voz:

—He hecho una pregunta. ¿Quién estaba besando a Rosanna?

—¡Barry! —informó Harold, poniéndose en pie, al igual que Logan y Charlie.

Las pupilas de Holbrook despidieron un destello.

—¿Por eso fue la pelea? —inquirió.

—Sí, jefe. Cuando los sorprendí besándose, no pude contenerme. Todos sabemos que Rosanna es su chica, que no debemos tocarla.

—Barry parece que lo olvidó... —observó Holbrook, mirando fríamente a Layton.

—No es cierto que nos estuviésemos besando, señor Holbrook —negó Barry.

—¡Miente, jefe! —Ladró el patilludo.

—Cállate, Harold —ordenó Holbrook—. Deja que Barry cuente su versión de los hechos. Adelante, Barry. Te escucho.

Barry Layton se pasó la mano por la nuca.

—Verá, señor Holbrook... La señorita Darnell me llamó para que le arreglara la ducha, porque no caía el agua. Y se la arreglé. A la señorita Darnell, mientras miraba hacia arriba, para ver cómo yo reparaba la ducha, le cayó algo en el ojo. Le molestaba mucho, y me pidió que se lo sacara. En ello estaba, cuando la puerta del camarote se abrió de repente y apareció Harold. Al ver mi cara tan cerca de la de la señorita Darnell, creyó que nos estábamos dando el pico, como vulgarmente se dice, y arremetió contra mí como un toro bravo, sin más ni más. Tuve que defenderme. De él, y de Logan y Charlie, que llegaron poco después, con muchas ganas de gresca, también —explicó.

—¡Lo que dice es totalmente cierto, Mark! —se apresuró a corroborar Rosanna, muy nerviosa.

Holbrook la miró, los ojos ligeramente entornados.

—¿Seguro, Rosanna...?

—¡Te lo juro!

Holbrook desvió su penetrante mirada hacia Harold.

—Es tu turno, Harold —indicó.

El patilludo, que hubiera querido interrumpir a Barry, aunque se contuvo por temor a Holbrook, que le había ordenado callar, sacudió la cabeza enérgicamente.

—Mienten los dos, jefe. Antes de abrir la puerta del camarote de golpe, estuve bastantes segundos con el oído pegado a ella. Lo de que la ducha no funcionaba bien, fue un pretexto de Rosanna para

llevar a Barry a su camarote. Ella quería hacer el amor con él, por lo visto. Oí como le pedía que la besara. Luego, silencio absoluto. Entonces me decidí a actuar. Al abrir la puerta, los sorprendí con las bocas pegadas. Rosanna sólo conservaba la pieza inferior del bikini, y las manos de Barry estaban sobre sus senos desnudos, apretujándolos. Ésa es la pura verdad, jefe. Claro, que si prefiere creerlos a ellos...

Mark Holbrook miró a Barry y Rosanna.

Luego, sin perder en absoluto la calma, dijo:

—Te creo a ti, Harold. ¿Y sabes por qué? Porque tú no tienes ninguna razón para mentir. Ellos, en cambio, sí la tienen. Yo le dije a Rosanna que no regresaría al yate hasta la tarde, y ella pensó que hoy tenía la ocasión de hacer el amor con Barry, de quien se encaprichó desde el primer día.

—¡No, Mark! —negó la rubia, sacudiendo la cabeza.

Las pupilas de Holbrook volvieron a destellar.

—Calla, zorra.

—¡Mark, yo te juro que...!

—Deja de jurar en falso. Has querido engañarme y te ha salido la cosa mal. Ahora, acepta las consecuencias de tu acto con dignidad y resignación.

Holbrook se encaró nuevamente con Barry Layton.

—Tú también vas a recibir tu castigo, Barry. Y no por haber accedido a los deseos de Rosanna. No puedo culparte por ello. Es una mujer terriblemente seductora, y cualquier hombre hubiera caído en sus brazos con la misma facilidad que tú. Serás castigado por haberme mentido. Si me hubieras confesado la verdad, en vez de procurar encubrir a Rosanna, te habría perdonado. Ella es la única culpable de lo sucedido.

Barry no dijo nada.

Mark Holbrook dejó escapar un leve suspiro.

—Créeme que lo siento, Barry. Llevas poco tiempo a mis órdenes, pero me habías caído bien, y tenía proyectos para ti. Proyectos que, lamentablemente, tú has arrojado por la borda...

Barry siguió callado.

Rosanna, por su parte, no dejaba de sollozar, cada vez más amargamente.

—Paul... —pronunció Holbrook.

—¿Sí, jefe?

—¿Llevas encima tus esposas?

—Siempre.

—Dáselas a Harold.

Paul tomó las esposas que llevaba enganchadas al cinto y se las lanzó a Harold, quien las atrapó por el aire.

—El brazo derecho de Barry y el izquierdo de Rosanna, Harold —indicó Holbrook.

—Entendido, jefe.

El patilludo esposó a Barry y Rosanna de la manera que quería Mark Holbrook.

Ninguno de los dos opuso resistencia.

¿De qué hubiera servido?

Paul y Andrew les apuntaban con sus pistolas.

Mientras Harold sujetaba su muñeca a la de Rosanna, Barry observó a la preciosa muchacha de pelo castaño, que debía ser la sobrina de Mark Holbrook, la que había llegado a Honolulu en vuelo procedente de San Francisco.

La joven, que vestía un pantalón amarillo, muy ceñido, y una blusa azul, anudada bajo sus juveniles senos, que se adivinaban libres bajo el tejido, se había puesto pálida.

De pronto, la muchacha apretó el brazo de Holbrook y murmuró:

—¿Qué clase de castigo vas a imponerles, tío Mark?

—El que se merecen.

—No... no irás a echarlos al mar, ¿verdad?

Holbrook sonrió.

—¿Qué te hace suponer eso, Vera?

—Como has ordenado que los esposen juntos... Holbrook le pasó el brazo por los hombros, cariñosamente.

—Tranquilízate, pequeña. No voy a arrojarlos por la borda, eso sería un crimen. Un doble crimen.

—¿Qué vas a hacer con ellos, pues?

—Depositarlos en el primer islote que encontremos. La muchacha respingó.

—¿Depositarlos en un islote?

—Sí.

—¿Despoblado?

—Por supuesto.

—¡Se morirán de hambre y de sed!

—Les dejaremos víveres para cuatro semanas.

—¿Y cuando se les agoten?

La sonrisa de Mark Holbrook se tornó fría.

—Si para entonces no ha pasado ningún barco cerca, y los ha recogido, morirán —respondió—. De hambre y de sed, como tú has señalado antes.

CAPÍTULO IV

Se hallaban todos en cubierta.

Paul y Andrew no dejaban de apuntar a Barry Layton y Rosanna Darnell con sus pistolas.

A Harold seguía doliéndole la boca, cuyos labios se habían vuelto gruesos como salchichas de Frankfurt.

A Charlie le dolía el pómulo, tan hinchado y enrojecido, que parecía un melocotón a medio mondar.

Los dolores de Logan se centraban en su mandíbula donde lucía dos moretones considerables.

Y Barry Layton, tan fresco.

Ni un solo golpe había recibido en la pelea.

Tres contra uno, y resulta que «cobran» los tres y el uno se sale de rositas.

Harold, Charlie y Logan no le perdonaban tamaña humillación a Barry Layton, y estaban deseando desquitarse.

Como Barry les diese el más leve motivo para lanzarse sobre él, iba a saber lo que es bueno.

Con una mano esposada, y la derecha, precisamente, poco podría hacer para defenderse, y ellos le sacudirían hasta cansarse.

Pero Barry Layton, por el momento, no hacía nada sospechoso.

Parecía totalmente resignado a su suerte.

También Rosanna Darnell.

La rubia ni siquiera lloraba ya.

Debía conocer bien a Mark Holbrook, y saber que éste no se ablandaba por nada, y menos, por unas lagrimitas de mujer.

Holbrook los observaba a los dos.

También Vera Marvin, su sobrina, que seguía pálida.

A la joven, evidentemente, le resultaba muy desagradable todo

aquello, y le preocupaba la suerte que pudieran correr Barry y Rosanna.

Vera abrió su bolso, que llevaba colgado del hombro, y extrajo una cajetilla de cigarrillos, poniéndose uno en los labios. Seguidamente, extrajo un encendedor de gas.

Con mano ligeramente temblorosa, accionó el encendedor y acercó la llama al cigarrillo, prendiéndole fuego.

Barry Layton la observaba con fijeza.

Vera, tras un titubeo, alargó la mano que sostenía la cajetilla de emboquillados.

—¿Quiere? —preguntó, tímidamente.

—Vera —intervino Mark Holbrook, recriminándola con el gesto.

—¿Qué pasa, tío Mark? ¿No puedo ofrecerle un cigarrillo a un hombre que sabe que va a ser abandonado en un islote desierto, del cual lo más probable es que no salga nunca? —replicó la joven, seria.

Holbrook, que minutos antes le había prendido fuego a un excelente cigarro puro, el cual sostenía entre los dedos, soltó un gruñido.

—Está bien, haz lo que quieras —rezongó, y se llevó el habano a la boca.

Vera Marvin volvió a mirar a Barry Layton.

—¿Quiere, Barry? —preguntó de nuevo.

—Sí, por favor —respondió Layton, con una suave sonrisa de agradecimiento.

Vera se acercó a él.

Barry tomó un cigarrillo de la cajetilla y se lo colocó entre los labios.

Esperó a que la joven le ofreciera fuego.

En el preciso instante en que ella accionaba el encendedor, Barry Layton entró en acción.

En no mucho más tiempo del que se tarda en dar un pestaño, hizo girar a la sobrina de Holbrook y le rodeó el cuello con su brazo izquierdo, cuya mano aferró con la otra, para poder presionar con más fuerza.

Vera Marvin dio un gritito de sorpresa, que no de dolor, porque aunque otra cosa parecía, Barry no le estaba haciendo ningún daño.

—¡Vera! —gritó Mark Holbrook, quitándose el cigarro de la

boca.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Barry—. ¡Que nadie se mueva o le rompo el cuello a su sobrina, señor Holbrook! —amenazó, y por su gesto parecía muy decidido a hacerlo.

Paul, Andrew, Harold, Logan y Charlie, que ya se disponían a intervenir, quedaron paralizados.

Miraron a Holbrook.

Éste, con el rostro atirantado, masculló:

—Quietos, muchachos.

Nadie se movió.

Rosanna Darnell, con cara de susto, musitó:

—Barry...

—Tranquila, Rosanna. Vamos a salir de esto —aseguró Layton.

La rubia parecía dudarle mucho, pero no dijo nada más.

Barry, que tenía la boca muy cerca del oído derecho de Vera Marvin, lo cual le permitía percibir la turbadora fragancia de su piel, joven y fresca, dijo a la muchacha, no menos asustada que Rosanna:

—Usted no se mueva tampoco, Vera. No se mueva o me veré obligado a quebrarle el cuello.

—Seré un poste, se lo prometo —musitó ella.

—Buena chica —sonrió levemente Barry, y le rozó deliberadamente el delicioso lobulito con sus labios.

A Vera Marvin le latió el corazón más deprisa.

Mark Holbrook, rojo de ira, inquirió:

—¿Qué es lo que pretendes, Barry?

—Por de pronto, que Paul y Andrew arrojen sus pistolas al mar —indicó Layton.

—¿Y luego...?

—Usted y sus hombres se tenderán en el suelo, boca abajo, las manos sobre la nuca.

—¿Y después...?

—Paul me dará la llave de las esposas, y Rosanna y yo huiremos en su helicóptero, llevándonos a su sobrina como rehén.

Holbrook entornó los ojos.

—Ignoraba que supieras pilotar un helicóptero, Barry.

—No es tan difícil.

Hubo unos segundos de tenso silencio.

Barry miró a Paul y Andrew.

—¿Sois duros de oído, compadres? ¡Arrojad las pistolas al agua, vamos!

Los tipos consultaron con la mirada a Mark Holbrook.

Éste dijo:

—Conservad vuestras armas, muchachos.

—¿Quiere que le rompa el cuello a su sobrina, señor Holbrook?
—amenazó Barry.

—¿Y de qué serviría eso? Tu situación y la de Rosanna seguiría siendo la misma. No, la misma no; habría empeorado, porque yo no te perdonaría la muerte de mi sobrina, y ya no me contentaría con depositaros en un islote solitario, con víveres para resistir cuatro semanas, y con la posibilidad de que os descubra algún barco y os salve. Os mataría personalmente, y puedo asegurarte que sufriríais horrores los dos antes de expirar.

—No me asusta con sus amenazas, señor Holbrook.

—A mí sí, Barry... —habló Rosanna, con voz débil.

—No temas, Rosanna. El señor Holbrook no permitirá que matemos a su sobrina.

Mark Holbrook sonrió.

—Sé que no lo harás, Barry.

—¿Qué se apuesta?

—Te conozco mejor de lo que tú te imaginas.

—Contaré hasta tres, señor Holbrook.

—Puedes empezar —indicó Holbrook, y le dio una chupada al cigarro.

—Uno —inició la cuenta Barry.

Holbrook expulsó tranquilamente el humo.

—¡Tío Mark! —gritó Vera Marvin, aterrorizada.

—Tranquila, pequeña —le sonrió él—. Barry es un buen chico, no te hará ningún daño.

—Dos —siguió contando Layton.

—¿Estás seguro de que no, tío Mark...? —gimió Vera, que temblaba como un flan.

—Segurísimo —respondió Holbrook, ensanchando su sonrisa.

—¡Y tres! —concluyó Barry, y apretó el delicado cuello de la muchacha.

—¡Ay! —chilló Vera—. ¡Que esto va en serio, tío Mark...! —

Hizo saber, sacando la lengua exageradamente.

Holbrook continuó impasible, limitándose a darle otra chupada al habano.

—¡Tío Mark...! ¡Me estoy ahogando, tío Mark...!

Holbrook tranquiló.

Como si tuviese la absoluta certeza de que todo aquello era una pura comedia.

Y lo era, en efecto.

Barry no pensaba estrangular a la muchacha.

Apretaba su cuello con mucha menos fuerza de lo que parecía.

En vista de que el propietario del yate no se impresionaba por nada, Barry soltó el cuello de Vera Marvin.

—Usted gana, señor Holbrook —rezongó.

Vera se apartó de él, tambaleándose como si estuviera borracha, y cogiéndose el cuello con ambas manos.

Holbrook fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—¿Estás bien, pequeña?

—Podría estar mejor, si hubieras hecho lo que te pedía Barry —masculló la joven.

—Sabía que no te mataría.

—Pero casi lo hace.

—¿De veras te ha hecho daño?

—¿Es que no viste cómo sacaba la lengua?

—Pensé que te estabas burlando de mí.

—Déjate de bromas.

—Está bien, ordenaré a mis hombres que le den una buena paliza a Barry.

—¡No!

—Tiene que pagar el daño que te ha hecho.

—No ha sido nada, tío Mark.

Holbrook frunció el entrecejo.

—¿No acabas de decir que...?

—Exageraré, para hacerme la mártir, lo confieso. Además, la culpa ha sido mía. Si no le hubiera ofrecido un cigarrillo.

—Yo soy tan culpable como tú, por haber accedido a ello. Debí sospechar que Barry intentaría algo.

—Y yo. Un hombre desesperado es capaz de cualquier cosa, y él tiene motivos para estarlo.

—Ahora, en lugar de víveres para cuatro semanas, les dejaremos solo para dos.

—Oh, no hagas eso, por favor.

—Sí, sí que lo voy a hacer. Barry no te ha hecho daño, pero sí te dio un buen susto, y tiene que pagar por ello.

Vera le puso las manos en las mejillas.

—Te suplico que le perdones, tío Mark.

—¿Le has perdonado tú?

—Sí.

—Entonces, le perdono yo también —sonrió Holbrook.

—Gracias, tío Mark. —Vera le besó en la mejilla.

—Olvidad lo de la paliza, muchachos —dijo Mark Holbrook a sus hombres.

Harold, Logan y Charlie, que ya se habían escupido en las manos, rezongaron por lo bajo, contrariados por la decisión de su jefe.

Les hubiera complacido tanto vapulear a Barry Layton...

* * *

Algunos minutos después, divisaban un islote a lo lejos.

Mark Holbrook tomó unos prismáticos y lo estudió.

Calculó que tendría, como mucho, medio kilómetro de diámetro, y parecía un pedazo de selva, de tantos árboles y maleza como había.

Y bichos, aunque él no pudiera verlos con los prismáticos.

Bien.

El lugar perfecto para lo que él quería.

No iba a ser un paraíso, precisamente, para Barry Layton y Rosanna Darnell.

Holbrook bajó los prismáticos y dio orden de enfilar el yate hacia allí.

Poco después, anclaban a unos cien metros del islote.

Un bote hinchable, con motor de fuera borda, fue puesto sobre el agua.

Fueron cargados los víveres.

Después, Holbrook ordenó a Harold, Logan y Charlie que llevaran a Barry y Rosanna al islote.

Primeramente había pensado en enviar a Paul y Andrew, pero cambió de idea porque éstos iban armados, y no quería dar oportunidad al peligroso Barry de apoderarse de alguna de las pistolas.

Mejor, pues, que fueran Harold, Logan y Charlie.

Éstos empujaron a Barry y Rosanna hacia la escalerilla por la cual se descendía del yate.

La rubia, presa de un repentino ataque de histerismo, se puso a gritar, implorando clemencia a Holbrook, a quien juró repetidas veces que nunca más le volvería a engañar si la perdonaba.

Pero Mark Holbrook tenía el corazón de piedra, y no la perdonó.

Ni a ella ni a Barry Layton.

Éste, antes de perderse por la escalerilla, miró a la sobrina de Holbrook, con expresión que parecía pedir disculpas por lo que le había hecho a ella y agradecerle que hubiera evitado, con sus súplicas, que los hombres de su tío le hubiesen molido a golpes, amén de retirarles la mitad de los víveres.

Vera Marvin lo entendió así, y notó que se le humedecían los ojos, viéndose obligada a morderse los labios, para contener el llanto.

Barry Layton y Rosanna Darnell fueron colocados, sin demasiados miramientos, en el bote.

La rubia lloraba ahora desconsoladamente.

Harold puso el motor en marcha y el bote partió en dirección al islote.

Vera Marvin tuvo la desagradable sensación de que el bote partía hacia un cementerio.

Sí.

Aquel islote, si no ocurría un milagro, sería precisamente eso, un cementerio, para Barry Layton y Rosanna Darnell.

Un cementerio en pleno océano Pacífico.

CAPÍTULO V

El bote iba directo hacia un trozo de playa del islote.

Ya se habían alejado unos treinta metros del yate.

Barry Layton y Rosanna Darnell ocupaban un extremo del bote.

Charlie se había sentado frente a Barry, y Logan, frente a Rosanna.

Harold manejaba la barra de dirección del fuera borda.

De pronto, Charlie dijo:

—Yo conozco a tu madre, Barry.

Layton se envaró ligeramente.

—¿A mi madre?

—Sí, la conocí hace años, en un prostíbulo de Las Vegas. Me costó sólo medio dólar acostarme con ella, porque era una ramera de las más baratas, pero yo le di uno, porque ella fue muy complaciente conmigo y se prestó a todo, hasta lo más bajo.

La cara de Barry se congestionó, al tiempo que sus ojos despedían un brillo acerado, peligroso.

Rosanna advirtió que todos los músculos de su atlético cuerpo se ponían en tensión, que de un momento a otro iba a saltar sobre Charlie, para hacerle tragar aquel grave insulto.

Quiso impedirlo, porque adivinaba que eso precisamente era lo que deseaban Charlie, Logan y Harold.

Lo cogió del brazo y dijo:

—No hagas caso, Barry. Charlie quiere provocarte, para cobrarse los golpes que les diste.

Layton no dijo nada, pero siguió mirando peligrosamente a Charlie, sin relajar sus vigorosos músculos.

En vista de que Barry no respondía a la provocación de Charlie, Logan alargó la mano y la puso sobre el muslo derecho de Rosanna,

el cual apretó descaradamente.

Ella hizo ademán de darle una bofetada, pero no llegó a soltar la mano.

—Ahora queréis provocarme a mí, ¿eh? —Adivinó, sonriendo con desprecio—. ¡Pues no lo vais a conseguir! —aseguró, bajando la mano.

La de Logan dejó de apretar y se fue muslo arriba atrevidamente, en busca de la minúscula pieza inferior del bikini.

De lo que había bajo ella, más bien.

Rosanna, adivinándole la intención, apretó fuertemente las rodillas, cerrándole el paso.

Logan le dio un doloroso pellizco en la cara interior del muslo.

Rosanna no pudo reprimir un grito.

—¡Cerdo! —espetó, los ojos llameantes de cólera.

Harold, Charlie y Logan rieron.

Este último, viendo que Rosanna, pese al pellizco, no separaba las rodillas, levantó la mano y le aprisionó un seno, por debajo de la bata de baño.

—¡Quita tu asquerosa mano de ahí, rata! —rugió la rubia, agitándose, pero resistiéndose a golpear al tipo, porque temía las consecuencias.

—¡Arráncale el sujetador, Logan! —sugirió Harold.

—Excelente idea —sonrió Logan, y se dispuso a hacerlo.

Barry Layton no pudo soportar aquello por más tiempo.

De un formidable revés, que restalló en la cara de Charlie como un latigazo, tiró a éste de espaldas, haciéndole caer de cabeza al agua.

Apenas un segundo después, su pie derecho partía en busca de la amoratada quijada de Logan, donde golpeó con tremenda potencia.

Logan dio un grito y también él se vio arrojado al mar.

Harold desgranó una maldición.

Soltó la barra de dirección del fuera borda y se arrojó sobre Barry.

Éste encogió ambas piernas con rapidez y recibió al patilludo con las plantas de los pies, colocándoselas en el pecho.

En el acto desplegó las piernas, con toda la fuerza de que era capaz, catapultando a Harold fuera del bote.

—¡Bravo, Barry! —gritó Rosanna Darnell, tan entusiasmada por

la acción de Layton, que tenía ganas de aplaudir.

Como no podía, porque su mano izquierda estaba unida a la derecha de él por las esposas, se golpeó el muslo con la palma de la mano libre.

Apenas se notó que no eran unos aplausos normales, porque sonaban casi igual.

Desde el yate no habían advertido la provocación de Charlie a Barry, ni los descarados toqueteos de Logan a Rosanna, pero sí el sorpresivo y fulminante ataque de Barry.

—¡Maldición! —rugió Mark Holbrook, con ganas de comerse el puro.

—¡Los ha arrojado a los tres al agua! —observó Paul, perplejo.

—¡Y en menos que canta un gallo! —añadió Andrew, no menos perplejo.

—¡Ha sido fantástico! —exclamó Vera Marvin, y se puso a aplaudir calurosamente, sin darse cuenta.

Holbrook le dirigió una severa mirada.

—¡Vera!

La joven respingó e interrumpió los aplausos en el acto.

—Oh, perdón, tío Mark... —Trató de disculparse.

—¿De qué parte estás tú, vamos a ver?

—De la tuya, naturalmente.

—¡Pues no se nota, demonio!

—Fue algo instintivo, lo siento.

Paul preguntó:

—¿Qué hacemos, jefe? Barry ha empuñado la barra de dirección del fuera borda, y se lleva el bote...

—¡Pretenden escapar con él! —Adivinó Andrew.

Era cierto.

Barry Layton y Rosanna Darnell se habían situado en el extremo opuesto del bote, junto al motor, y él manejaba la barra de dirección con firmeza, mientras Harold, Logan y Charlie chapoteaban en el agua como patos y maldecían contra Barry y todos los antepasados de éste.

El bote no se dirigía ya hacia el trozo de playa del islote, sino que había virado y trataba de rodear éste, de ponerse fuera de la vista del yate.

—No irán muy lejos, no os preocupéis —masculló Holbrook,

quien, seguidamente, indicó—: Paul, Andrew, al helicóptero, rápido.

—¿Les cosemos a tiros, jefe? —preguntó Andrew, que debía ser un sastre fracasado, y ahora, en lugar de respuntar con la máquina, respuntaba con la pistola.

Vera Marvin notó un fallo cardíaco al escuchar la sugerencia de Andrew, pues temía que su tío la aceptara.

Holbrook miró un instante a su sobrina y respondió:

—No, eso no, muchachos. Dad algunas pasadas con el helicóptero por encima de ellos, muy bajos, para ver si conseguís tirarlos del bote y recuperarlo. Si no es así, disparad sobre el bote. Cuando empiece a deshincharse, no tendrán más remedio que abandonarlo y alcanzar el islote a nado.

—¡No podrán, están esposados! —exclamó Vera, estremeciéndose.

—Sí podrán, el islote está cerca.

—¡Si el bote se hunde, se perderán los víveres!

—Ése será su problema.

—¿Les mandarás más, tío Mark?

—No.

—¡Entonces se morirán de hambre y de sed!

Holbrook se desentendió de su sobrina.

—¡Al helicóptero, vamos! —ordenó a Paul y Andrew.

Éstos corrieron hacia el aparato, el cual levantaba el vuelo segundos después, pilotado por Andrew.

Desde el bote, Barry Layton y Rosanna Darnell vieron acercarse al helicóptero.

Directo hacia ellos.

Volando muy bajo.

Barry, adivinando lo que iba a suceder, gritó:

—¡Échate, Rosanna!

La rubia se tendió en el bote.

Barry también se tendió, aunque sin soltar la barra de dirección.

—¡Nos dispararán, Barry! —dijo Rosanna.

—No, no lo creo. Holbrook no querrá que nos maten, estando presente su sobrina. Intentarán echarnos del bote.

—¿Arrojarnos al mar?

—Sí.

—¡Nos ahogaremos, estamos esposados!

—Nadaremos con más dificultad, pero alcanzaremos el islote, no temas. Lo que me preocupa son los víveres. No podremos llevarlos con nosotros.

—¿Y quién piensa en comer ahora?

—Ya pensaremos, ya.

—No debiste intervenir, Barry.

—Logan estaba abusando de ti. Y te iba a arrancar el sujetador.

—Mejor eso que morirnos de hambre y de sed en el islote.

—No pude contenerme, lo siento.

—Ya no tiene remedio.

—¡Cuidado, ya están ahí! —advirtió Barry, agachando la cabeza.

El helicóptero pasó tan cerca de ellos que el remolino de aire que formaban sus hélices hizo zozobrar el bote y casi lo volcó.

Rosanna chilló, aterrada, porque ya se veía en el agua, nadando con una sola mano.

—Tranquila, que no ha pasado nada —dijo Barry.

—¡Pero pasará!

—Qué chica tan optimista.

—Una cobarde, eso es lo que soy.

—No digas eso.

—Es la verdad. Estoy muerta de miedo, Barry.

—Saldremos de esto, no te preocupes.

—Lo mismo dijiste en el yate, cuando tenías atrapada a la sobrina de Holbrook, y ya viste lo que pasó.

—Creí que Holbrook quería más a su sobrina.

—Ése no quiere a nadie.

—¡Agacha la cabeza, que vuelven!

—¡Dios, protégenos!

El helicóptero pasó de nuevo por encima de ellos, más bajo aún que antes, haciendo peligrar otra vez la estabilidad del bote.

Rosanna se abrazó a su compañero de odisea.

—¡Nos vamos a pique, Barry!

—Todavía no, Rosanna.

—¡A la otra pasada, seguro!

—Tranquilízate, por favor.

—¡Dirige el bote hacia el islote, Barry! ¡Así, cuando nos tiren del bote, estaremos más cerca de él!

Barry levantó la cabeza y miró hacia el trozo de playa donde Harold, Logan y Charlie pensaban dejarlos.

Les vio a ellos también.

Nadaban los tres hacia el yate.

Barry se dijo que Rosanna tenía razón.

En el bote no iban a durar mucho, el helicóptero acabaría tirándolos al mar.

Mejor que se hallasen cerca del trozo de playa, cuando eso ocurriera.

Barry ya no lo dudó más.

Manióbró con la barra de dirección e hizo virar el bote en redondo, enfilándolo hacia allí.

A bordo del yate, Mark Holbrook sonrió.

—Barry ha comprendido que no es posible huir con el bote y se dirige al islote.

—¡Ordena a Paul y Andrew que les permitan alcanzar la playa, tío Mark! —suplicó Vera Marvin, que había sufrido mucho con las dos pasadas del helicóptero y los posteriores zozobramientos del pequeño bote hinchable.

—¿Cómo? —preguntó Holbrook—. Por mucho que gritara, no me oirían.

—¡Tú lo que quieres es que los tiren al mar, para que pierdan los víveres!

—Ellos se lo han buscado.

—¡Oh, eres cruel, cruel!

—Sólo con quien se lo merece.

Vera iba a replicar, pero se interrumpió, al ver que el helicóptero iba a pasar por tercera vez por encima del bote, más bajo aún que en las ocasiones anteriores.

Tan bajo pasó, que uno de los patines de aterrizaje del aparato golpeó la cabeza del motor de fuera borda.

El bote volcó espectacularmente, lanzando a Barry Layton y Rosanna Darnell al agua, junto con los víveres.

En el yate, Vera Marvin lanzó un grito de angustia.

—¡Lo consiguieron! —exclamó Mark Holbrook, rebosante de satisfacción, y se puso el cigarro entre los dientes.

A Vera le entraron ganas de darle un empujón y arrojarlo por la borda.

—¡Te odio, tío Mark, te odio! —gritó, los puños sobre la boca, mordiéndoselos con rabia.

A Holbrook pareció darle igual que su sobrina le odiara o no.

Estaba pendiente de ver qué hacían ahora Barry y Rosanna.

Éstos no tardaron en emerger y se agarraron al bote, que ya no se movía, porque la hélice del fuera borda se hallaba fuera del agua, al encontrarse volcada la pequeña embarcación.

En la cabina del helicóptero, Paul dijo:

—No tendremos más remedio que hacerle unos cuantos agujeros al bote, Andrew. Barry y Rosanna se han agarrado a él.

—Ya tardas en apretar el gatillo —sonrió el sastre fracasado.

Paul sacó el brazo por la ventanilla y efectuó varios disparos.

El bote empezó a perder aire con rapidez.

Barry, que ya se temía algo así, miró hacia el islote.

El trozo de playa estaba cerca.

A unos veinte metros, como mucho.

—¡Nademos hacia la playa, Rosanna! ¡Muévete de lado, como yo!

—¡Nos hundiremos de todos modos! —repuso ella.

—¡Ya verás cómo no! ¡Vamos, muévete!

Rosanna nadó como Barry le indicaba, procurando mover los brazos al mismo tiempo que él.

Aquello ofrecía sus dificultades, pero la rubia se animó bastante al ver que no sólo no se hundían, sino que iban acercándose poco a poco a la playa.

Vera Marvin se alegró mucho de que así fuera.

Por un momento había temido que fueran a hundirse los dos, pero ahora estaba segura de que lograrían alcanzar la playa.

Pero la joven se entristeció de nuevo al pensar que de poco les serviría alcanzar el islote, pues habían perdido todos sus víveres, y su tío había dicho que no les enviaría más.

Y Vera estaba segura de que no lograría hacerle cambiar de idea.

Barry y Rosanna morirían de hambre y de sed en el islote.

Una muerte realmente horrible.

A menos que...

Vera Marvin respingó levemente.

Si.

¿Por qué no hacer lo que estaba pensando?

Su tío se pondría terriblemente furioso cuando lo descubriera, pero no le importaba, ni le asustaba el posible castigo que pudiera imponerle.

Alguien tenía que ayudar a Barry y Rosanna.

Y sólo ella podía hacerlo.

CAPÍTULO VI

Barry Layton y Rosanna Darnell alcanzaron la playa.

Con dificultad, pero la alcanzaron.

Se dejaron caer sobre la arena, agotados.

Barry, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, miró a la rubia.

—¿No te dije que lo conseguiríamos, Rosanna?

Ella, que respiraba aún más agitadamente que él, dando la sensación de que sus voluminosos senos iban a salirse de un instante a otro fuera de la brevísima pieza superior del bikini, murmuró:

—Pensé que no llegaríamos nunca, Barry...

Layton sonrió.

—Por esta vez, los peces se han quedado sin banquete.

—Y nosotros sin víveres —recordó Rosanna.

—Quizá Holbrook nos envíe más.

—No lo esperes.

—Ya salió la pesimista.

—Conozco a Mark Holbrook mucho mejor que tú, Barry.

—Tal vez su sobrina le convenza. Parece una buena chica.

—Es muy bonita, ¿verdad?

—Sí.

—Le diste un susto de muerte, con lo de romperle el cuello.

—No le hice daño.

—¿Y por qué gritaba y sacaba un palmo de lengua, como si la estuviese estrangulando de verdad?

Barry volvió a sonreír.

—No lo sé. Puede que lo hiciera para asustar a su tío, haciéndole creer que la cosa iba en serio y que él obedeciera mis órdenes.

—¿De veras crees que ella deseaba nuestra huida?

—Estoy seguro.

—Entonces, es posible que tengas razón, y convenza a su tío para que nos mande nuevos víveres.

—Confiemos en ello.

* * *

Mientras tanto, el helicóptero había regresado al yate, posándose suavemente en su popa, donde había un lugar expreso para ello.

Paul y Andrew saltaron al suelo, sin esperar a que las hélices dejaran de girar y de formar remolino, y se acercaron a Mark Holbrook.

Éste, con una amplia sonrisa, les felicitó.

—Buen trabajo, muchachos.

—Gracias, jefe —repuso Paul.

—Fue divertido, ¿verdad? —sonrió Andrew.

—Oh, sí, mucho —rió Holbrook—. Aunque a mi sobrina no le gustó.

—¿Dónde está ella? —preguntó Andrew, reparando en la ausencia de la joven.

—En su camarote. Lo ocurrido le ha afectado bastante, y dijo que quería echarse un rato —explicó Holbrook.

—Ahí llegan Harold, Logan y Charlie —observó Paul.

—Los inútiles de Harold, Logan y Charlie —masculló Holbrook, endureciendo el gesto.

Logan fue el primero en subir al yate, chorreando agua.

Al ver cómo le miraba Mark Holbrook, se apresuró a disculparse.

—Lo siento, jefe. Nosotros...

Holbrook dejó ir uno de sus puños.

Logan recibió el trallazo en su ya dolorosamente castigado maxilar inferior, y se derrumbó en el acto.

Charlie fue el segundo en alcanzar la cubierta.

También él cobró.

Y no la paga del mes, precisamente.

Al igual que Logan, tuvo mala suerte, pues el duro puño de Mark Holbrook fue a golpear justamente en su pómulo, el que parecía un melocotón a medio mondar.

Tras el castañazo, quedó completamente «mondado».

Charlie se vino abajo, naturalmente.

Harold subió al yate.

Al descubrir a Logan y Charlie tendidos sobre la cubierta, y a Mark Holbrook con la cara más agria que un ponche de vinagre, pensó: «¡Si lo sé, no subo!».

Pero ya estaba allí.

Puso cara de circunstancias y rogó:

—No me pegue en la boca, jefe, que mis labios parecen dos canelones recién sacados del horno.

—Muy bien, respetaré tu deseo —dijo Holbrook, y le estrelló los nudillos en el mentón.

Harold sintió que le temblaban hasta las patillas y se desplomó como una cosa muerta.

Holbrook, después de lamerse los nudillos, ligeramente enrojecidos, tomó los prismáticos y enfocó a Barry Layton y Rosanna Darnell.

Les vio tirados en la arena, sin fuerzas.

Aquello le devolvió la sonrisa y el buen humor.

—Están extenuados... —murmuró.

—Y sin víveres —recordó Paul, sonriente.

—Como no se coman el uno al otro... —agregó Andrew, irónico.

Holbrook retiró los prismáticos y miró al sastre fracasado, ceñudo.

—No vuelvas a decir eso, Andrew, o te sacudiré a ti también.

El matón respingó.

—¿Qué es lo que he dicho, jefe?

—No me gusta imaginarme al condenado de Barry comiéndose a una chica tan apetecible como Rosanna.

Andrew sonrió nerviosamente.

—Sólo era una broma, jefe.

—Que puede hacerse realidad. Sabido es que para el hambre no hay pan duro. Y, Rosanna, supongo que estarás de acuerdo conmigo, tiene ciertas cosas que están mucho más sabrosas que un mendrugo.

—El jefe tiene razón, Andrew —intervino Paul—. Discúlpate.

Andrew se disculpó.

Holbrook volvió a mirar hacia la playa con los prismáticos.

—Bien, creo que aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo,

para, seguidamente, ordenar—: Izad el ancla, muchachos. Nos marchamos.

* * *

En la playa del islote, Barry Layton observó que el lujoso yate de Mark Holbrook se ponía en movimiento.

—Adiós víveres, Rosanna —suspiró.

—¿Qué?

—El yate se aleja.

—¡Oh, no! —gimió la rubia, irguiendo el torso.

—Vera no ha podido convencer a su tío.

—Quizá ni lo haya intentado —rezongó Rosanna.

—Estoy seguro de que sí, pero... Holbrook es un mal tipo, nos hubiera matado de no hallarse su sobrina a bordo.

—Seguro. Y tal vez hubiera sido lo mejor.

—No digas eso, Rosanna. Mientras hay vida, hay esperanza.

—Es que a nosotros nos queda muy poca vida. Esposados, abandonados en un islote solitario, sin víveres...

—Quizá tengamos suerte y nos recoja algún barco.

—Cuando eso suceda, estaremos ya tiesos como bacalaos.

—Levanta el ánimo, mujer.

—No puedo, ya no me queda ninguno.

—Te diré lo que vamos a hacer.

—El amor.

—¿Te apetece?

—No es que me apetezca o me deje de apetecer, es que no podemos hacer otra cosa. Si tuviéramos parchís, jugaríamos y mataríamos el tiempo así, pero...

—Podemos recorrer el islote.

—Recórrelo tú, yo estoy cansada. Nadar a lo manco es realmente agotador.

Barry sacudió la mano derecha, haciendo tintinear las esposas.

—Donde vaya uno, tiene que ir el otro —recordó.

—Sí, es verdad, lo había olvidado —suspiró Rosanna.

—Mira, el yate ya casi no se ve.

—Ojalá choque contra un iceberg, como el *Titanic* y el bastardo de Holbrook y su gentuza sirvan de pasto a los tiburones.

—Lo sentiría por Vera.

—Te gustó la muchacha, ¿eh?

Barry, en lugar de responder, recordó:

—¿Qué hay del paseo por el islote?

—Prefiero lo otro.

—¿El qué?

—Hacer el amor.

—¿Seguro?

—Nunca lo he hecho en un islote desierto.

—¿Y para eso no estás cansada?

—¿Por qué no lo compruebas? —sugirió Rosanna, sonriendo atrevidamente.

Barry siguió quieto.

Rosanna arrugó el ceño.

—Me parece que sé lo que te pasa, Barry.

—¿De veras?

—Yo tengo la culpa de que nos encontremos en una Situación tan delicada, y no me lo perdonas. Si no te hubiera llevado a mi camarote...

—No te guardo rencor por ello, créeme. Aunque no acabo de entender por qué lo hiciste, la verdad. Mark Holbrook es rico, apuesto, fuerte todavía.

—Tú también eres fuerte y apuesto. Y mucho más joven.

—Sé sincera conmigo, Rosanna. ¿Por qué lo hiciste?

—Está bien, te diré la verdad. Me di cuenta de que no lograba turbarte con mi cuerpo casi desnudo, y eso me molestó un poco. Harold, Logan y Charlie estaban que ya no podían ni respirar. Tú, en cambio, tan fresco. Me mirabas fijamente, sí, pero sin denotar el menor síntoma de excitación, de deseo mal reprimido.

—Empiezo a comprender. Herí tu amor propio y por eso trataste de seducirme en tu camarote.

—¿Crees que lo hubiera conseguido, de no interrumpirnos el bastardo de Harold?

—Seguro. Me besabas de un modo muy excitante, y cuando pusiste mis manos sobre tus pechos desnudos...

—Barry bajó la mirada un instante y la posó sobre el desarrollado busto femenino.

Rosanna, con maliciosa sonrisa, se llevó la mano libre a la

espalda, por debajo de la bata de baño, y soltó el cierre de la pieza superior del bikini, húmeda todavía, la cual se sacó después, mostrando sus túrgidos senos.

Ansiosos.

Palpitantes.

Pidiendo guerra.

Como en el camarote del yate, cogió las manos de Barry y las llevó hasta allí, cubriéndolos con ellas.

—Ahora puedes acariciarme sin temor, Barry. Ya no soy la chica de Holbrook, y él ha dejado de ser tu jefe.

—Tienes razón, Rosanna —repuso Layton, y unió su boca a la de ella.

Rosanna le rodeó el cuello con el brazo derecho y se dejó caer hacia atrás, arrastrando a Barry, que quedó sobre ella, besándola con pasión y obligándola a estremecerse con sus caricias.

La ex amiguita de Mark Holbrook se sentía muy feliz. Ya no pensaba que se hallaban abandonados en un islote solitario, sin agua y sin alimentos.

Iba a hacer el amor con Barry Layton.

Todas las veces que él quisiera.

Estaban solos en el islote.

Nadie podría interrumpirles en esta ocasión.

Eso, al menos, pensaba Rosanna.

Pero estaba equivocada.

No estaban solos en el islote.

Y muy pronto iban a descubrirlo.

CAPÍTULO VII

La mano izquierda de Barry Layton se deslizó por el cuerpo de Rosanna Darnell, con intención de eliminar la pieza inferior del plateado bikini y llegar, sin obstáculos de ninguna clase, a la intimidad de la rubia.

En ello estaba, cuando alguien carraspeó tras ellos y, en tono guasón, dijo:

—Si molesto, puedo volver más tarde, no se preocupen.

Barry brincó materialmente sobre el cuerpo desnudo de Rosanna.

Al girar la cabeza, se encontró a Vera Marvin, la bella sobrinita de Mark Holbrook.

La joven se hallaba a sólo unos metros de ellos.

En bikini.

Y qué bikini...

A Barry le pareció más diminuto aún que el de Rosanna.

Era rojo.

Con unos lacitos preciosos en las caderas.

Unos lacitos que cualquier hombre normal desearía soltar, para hacer caer el triangulito de tejido.

Y es que Vera Marvin, pese a tener tan sólo dieciocho años, y no poseer unos pechos grandes y unas caderas exageradas, resultaba tremendamente sensual y excitante.

Rosanna Darnell también había descubierto ya a la sobrina de Mark Holbrook.

Por encima del hombro de Barry.

Al principio, sus ojos reflejaron estupor, porque no se explicaba que la muchacha pudiera hallarse allí, en el islote, cuando hacía ya algunos minutos que el yate de su tío se había perdido en la lejanía.

Poco a poco, sin embargo, el estupor fue desapareciendo para dejar paso a la contrariedad.

Contrariedad, sí.

Barry estaba a punto de hacerla suya, pero con la inoportuna aparición de la sobrina de Holbrook, había que olvidarse de aquello, por el momento.

Estaba visto que Barry y ella no podían hacer el amor, siempre les interrumpía alguien.

—Aparta, Barry —rezongó, al tiempo que atrapaba la pieza superior del bikini.

Layton se retiró, perplejo todavía por la inesperada e inexplicable aparición de la sobrina de Holbrook.

Rosanna irguió el torso y, sin ninguna prisa, exhibiendo orgullosa sus turgentes pechos, se colocó el sujetador del bikini, mirando ceñudamente a la atractiva Vera.

Ésta tampoco parecía muy contenta, precisamente.

Barry preguntó:

—¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí, Vera?

—A nado. ¿De qué otro modo se puede llegar?

—No la hemos visto aproximarse...

—Estaban los dos demasiado ocupados.

Barry tosió.

—Bueno, nosotros...

—No irá a decirme que a Rosanna se le había metido algo en el ojo y usted se lo estaba buscando, ¿verdad? Algo le buscaba, sí, pero no era precisamente en el ojo.

—Oye, guapita... —intervino la rubia, con ganas de cogerse del pelo con la sobrina de Holbrook.

—Contigo no hablo, ninfómana —le cortó Vera.

Rosanna enrojeció de golpe.

—¡Ninfómana! ¡Me ha llamado ninfómana, Barry! —chilló.

—Eras la chica de mi tío, ¿no? ¿Por qué tuviste que incitar a Barry? ¿No tenías bastante con un solo hombre? Tú tienes la culpa de todo lo que está pasando.

—¡Voy a hacer que te tragues tus insultos, mosquita muerta! —rugió la rubia, poniéndose en pie de un salto.

—¡Cálmate, Rosanna! —rogó Barry, sujetándola del brazo que se hallaba esposado al de él, pero ella se soltó de un violento tirón.

—¡La voy a dejar calva!

—¡Que me arrancas la mano, Rosanna!

—¡Pues ven conmigo y la pelaremos entre los dos!

—¡Detente, por favor! ¡Vera ha venido a ayudarnos!

—¡A interrumpirnos!

—Eso es lo que te pica a ti, ¿eh, Rosanna? —sonrió sarcásticamente la sobrina de Holbrook.

—¡A mí no me pica nada!

—Si por ti fuera, no me habría movido del yate.

—Lo has hecho sólo por Barry, ¿eh?

—Sí. Y empiezo a arrepentirme de ello —dijo Vera, mirando a Barry Layton—. Esperaba encontraros a los dos extenuados por el esfuerzo que debió suponer alcanzar la playa estando esposados, y abatidos por haber perdido todos los víveres. ¿Y qué es lo que veo al emerger del agua? A Barry encima de ti, acariciando tu cuerpo desnudo, y disponiéndose a poseerte. Evidentemente, no estáis tan extenuados ni tan abatidos.

Barry carraspeó.

—No hablemos más de ello, por favor.

—Excelente idea —repuso Vera, sin desfruncir el ceño.

—¿Y yo qué, tengo que tragarme lo de ninfómana, Barry? —Gruñó Rosanna.

—Disculpa a Vera, Rosanna. Ciertamente, tiene motivos para estar enfadada con nosotros. Se ha arriesgado por ayudarnos, y...

—¿Estás seguro de eso? ¿No la habrá enviado su tío para que espíe?

—No digas tonterías.

—No me fío un pelo de ella, te lo advierto.

—Basta ya, Rosanna —ordenó Barry, autoritario.

La rubia se calló, aunque a regañadientes.

Barry rogó:

—Cuéntenos cómo abandonó el yate, Vera.

—Le supliqué a mi tío que les enviara nuevos víveres, pero él se negó rotundamente. Entonces, se me ocurrió lo de abandonar el yate sin que nadie me viera. Le dije a mi tío que quería echarme un rato en mi camarote, pero lo que en realidad hice fue ponerme un bikini, colocarme mi equipo de buceo y echarme al agua por la banda opuesta a donde se hallaba él. Sabía que el yate zarparía en

cuanto los hombres de mi tío regresasen a bordo —explicó la joven.

—¿Y dónde dejó su equipo de buceo? —preguntó Barry.

—Tras aquellas rocas —señaló Vera.

—¿Trajo algo para librarnos de estas malditas esposas?

—Un escoplo y un martillo. Los utilizo para arrancar muestras de rocas cuando buceo.

—Formidable.

—Traje también mi fusil de pesca submarina y un cuchillo.

—Magnífico.

—Debemos actuar con rapidez, pues mi tío no tardará en descubrir la verdad, y regresarán a toda prisa por mí.

—Hecho una furia, no lo dude.

—No me importa.

Barry sonrió.

—Es usted una muchacha muy valiente, Vera.

—Una tonta, es lo que soy.

—Por favor...

—No debí arriesgarme por ustedes, no se lo merecen. Especialmente, ella. —Vera miró a Rosanna.

—Para lo que nos va a servir... —rezongó la rubia.

—Será desagradecida —masculó Vera.

—Es la verdad. Tu tío te llevará con él, y nosotros seguiremos aquí, en el islote, hasta que nos muramos de hambre y de sed.

—Veo que no has comprendido nada, Rosanna —dijo Barry—. Con las manos libres, un equipo de buceo, y un fusil de pesca submarina, más un cuchillo, podemos hacer muchas cosas. De hecho, ya tengo un plan. Cuando el yate ancle, y mientras los hombres de Holbrook vienen por Vera, yo bucearé hasta él, treparé por la banda opuesta y sorprenderé a Holbrook.

—Es lo que iba a sugerirle, Barry —dijo Vera—. Pero tiene que prometerme una cosa.

—¿El qué?

—Que no le hará ningún daño a mi tío.

—No se lo haré si él no me obliga, le doy mi palabra.

—Muy bien. Vamos por el escoplo y el martillo —indicó Vera Marvin, y echó a andar hacia las rocas tras las cuales dejara todas sus cosas.

Barry Layton y Rosanna Darnell fueron tras ella.

CAPÍTULO VIII

Mark Holbrook dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta del camarote de su sobrina.

—¿Vera...?

No obtuvo respuesta, claro.

Holbrook volvió a llamar.

Como su sobrina seguía sin contestar, abrió la puerta y asomó la cabeza.

Encontró el camarote vacío.

Y, sobre el amplio lecho, intacto, el pantalón amarillo y la blusa azul que luciera Vera, así como una exigua braguita rosa.

Por un instante, Holbrook creyó que su sobrina se hallaba en el baño, cuya puerta estaba cerrada.

Fue hacia allí y llamó.

Al no obtener tampoco respuesta, abrió la puerta.

El baño estaba vacío.

Holbrook empezó a ponerse mosca.

Y se puso mosca del todo cuando descubrió que el equipo de buceo de su sobrina había desaparecido.

—¡Vera! —rugió, sospechando de repente lo que había sucedido.

Salió del camarote disparado, lanzando improperios.

Alcanzó la cubierta en sólo unos segundos.

Al verle subir con aquella cara de oso rabioso, Paul se alarmó.

—¿Ocurre algo, jefe?

—¡Mi sobrina!

—¿Se ha puesto enferma?

—¡Lo que se ha puesto es su equipo de buceo!

Paul pestañeó.

—¿Para echarse un rato en su camarote? Un poco incómodo,

¿no?

—¡Para alcanzar el islote sin ser vista, estúpido! —Relinchó Holbrook, con ganas de cruzarle la cara a su empleado.

Andrew, tan desconcertado como Paul, balbució:

—¿Alcanzar el islote, ha dicho?

—¡Sí, eso he dicho!

—¿Y qué se le ha perdido a su sobrina en ese islote, jefe? —intervino Harold.

Mejor que se hubiera estado callado.

Sí, porque Holbrook no pudo contenerse esta vez y le dio una bofetada.

—¡No se le ha perdido nada, mequetrefe! ¡Ha ido a ayudar al condenado de Barry y a la zorra de Rosanna!

—¿Qué? —exclamó Charlie.

—¿Ayudar a Barry y Rosanna? —repitió Logan.

—¡Naturalmente! ¿A qué otra cosa podría ir?

—¿Y qué puede hacer su sobrina por ellos, jefe? —preguntó Paul.

—¡Muchas cosas!

Andrew no pensaba que la joven pudiera hacer mucho, pero, no obstante, sugirió:

—Debemos ir inmediatamente por ella, jefe.

—Estoy de acuerdo con Andrew, jefe —opinó Paul—. Subamos al helicóptero y...

—¡No, nada de helicóptero! Regresaremos al islote con el yate —hizo saber Holbrook.

—Tardaremos más... —observó Andrew.

—¡No importa! Barry Layton ya ha demostrado lo peligroso que es. No quiero darle la menor oportunidad de escapar del islote, y poner mi helicóptero a su alcance sería darle una. La mejor de todas.

—No nos dejaríamos arrebatar el aparato, jefe —repuso Paul, molesto por la desconfianza de Holbrook.

—Nadie puede estar absolutamente seguro de eso, Paul —masculló el propietario del yate—. Se hará como yo digo. ¡Vamos, poned rumbo al islote! —ordenó.

En aquel preciso instante, se escuchó el lejano ruido de un motor.

Mark Holbrook y sus hombres levantaron la cabeza. Una avioneta se acercaba.

Una hidro-avioneta, para ser exactos.

Moderna.

Reluciente.

Cara.

Iba directa hacia el yate.

* * *

—¡Es la avioneta de Troy Cannon! —exclamó Paul.

—Sí, la misma —murmuró Holbrook.

—¿La esperaba usted, jefe? —inquirió Andrew.

—No, yo no. Era mañana, cuando debíamos recibir el cargamento.

—¿Qué habrá pasado, jefe? —preguntó Logan.

—Se habrán confundido de día —opinó Charlie.

—No, no lo creo —rechazó Holbrook, preocupado—. Debe de haber ocurrido algo y vienen a avisarnos.

—Apuesto a que el jefe tiene razón —dijo Harold, sonriente, y es que quería congraciarse con Holbrook.

Éste le miró.

Muy serio.

De pronto, su mano se elevó y restalló en la curtida mejilla del patilludo.

Harold trastabilló.

Desconcertado, preguntó:

—¿Por qué me ha sacudido ahora, jefe?

—Por pelota.

—Bueno, yo sólo pretendía... —carraspeó Harold.

—Vale más que te calles, o volverás a «cobrar» —advirtió Holbrook.

—Ya soy Harpo Marx, jefe.

Logan y Charlie rieron el chiste de Harold, pero al ver que a Mark Holbrook no le había hecho ninguna gracia, enmudecieron al instante y prestaron atención a la avioneta.

Ésta ya se disponía a amerizar.

Holbrook ordenó detener el yate.

Instantes después, la hidro-avioneta se deslizaba sobre las tranquilas aguas y se aproximaba al yate.

Cinco hombres descendieron del aparato y subieron a bordo.

En cabeza iba Troy Cannon, el jefe de la organización, un tipo de mediana edad, no muy alto, pero sí fuerte y macizo. Vestía tan bien como Holbrook, aunque le favorecía bastante menos que a éste, pues tenía cara de pingüino.

Los cuatro tipos que le acompañaban eran tan altos y corpulentos como los hombres de Holbrook.

Guardaespaldas.

Matones.

Asesinos.

Cualquiera de estos calificativos les iba como anillo al dedo.

—¿Qué tal, Mark? —saludó fríamente Cannon.

—Sorprendido, Troy —repuso Holbrook—. ¿No era mañana cuando teníais que...?

—Sí, debía ser mañana. Pero se hacía necesario venir hoy.

—¿Qué ha ocurrido, Troy?

Troy Cannon dio una ojeada a los hombres de Holbrook.

—¿Dónde está el tipo nuevo? —interrogó.

—¿Te refieres a Barry Layton?

—Sí, ése.

—¿Qué pasa con él?

—Yo he preguntado primero, Mark.

Holbrook titubeó.

Finalmente, informó:

—No está a bordo, Troy.

—Eso no responde a mi pregunta, Mark.

Holbrook vaciló de nuevo.

—Rosanna era una zorra, Troy —rezongó.

—Eso lo supe la primera vez que la vi. Pero no quiero que me hables de ella, sino de Barry Layton —insistió Cannon.

—Guaría relación, no creas.

—¿Ah, sí...?

—Barry es un tipo bien parecido y Rosanna se encaprichó de él. Harold los sorprendió esta mañana abrazados, besándose. Rosanna había dejado al descubierto sus pechos y Barry se los acariciaba...

—Muy interesante —sonrió ligeramente Cannon.

—Como tú comprenderás, no iba a perdonarles una cosa así.

Los ojos de Troy Cannon se entornaron.

—¿Qué hiciste con ellos, los arrojaste al mar?

—Peor.

—Suéltalo de una vez.

—Los deposité en un islote solitario, esposados el uno al otro, sin comida y sin agua.

Los ojos de Troy Cannon se entrecerraron más.

—¿Y qué pasará si algún barco los descubre y los recoge...?

Holbrook sonrió.

—Puedes apostar a que no. Está fuera de ruta, las posibilidades de que un barco pase por allí son tan remotas, que no hay ni que pensar en ello.

—Esperemos que así sea, Mark, porque hemos descubierto que...

Al ver que Cannon se interrumpía, Holbrook preguntó:

—¿Qué habéis descubierto, Troy?

—Agárrate fuerte, Mark.

—Dilo ya —gruñó Holbrook.

Troy Cannon reveló:

—Barry Layton es un agente del FBI.

CAPÍTULO IX

Barry Layton dejaba caer el martillo, una y otra vez, sobre el escoplo que sostenía Rosanna Darnell.

La rubia parecía un poco asustada.

—Cuidado, Barry, cuidado. Si fallaras un golpe, me harías puré la mano.

Layton sonrió.

—Tranquila, que eso no sucederá. Donde pongo el ojo, pongo la cabeza del martillo.

—Entonces, no tardarás en arrearle un martillazo en el trasero a la sobrina de Holbrook.

—¿Cómo? —Pestañeó Barry.

—Sí, ahora disimula. ¿Crees que no me he dado cuenta? No le quitas ojo a las erguidas nalgas de Vera.

Barry tosió.

—Rosanna, yo te aseguro que...

—Las tiene sumamente tentadoras, no lo voy a negar. Pero ya se las contemplarás cuando hayamos acabado con esto, que un martillazo en la mano es algo muy serio.

—Tienes razón, no volveré a distraerme —prometió Barry, y dedicó toda su atención al martillo y el escoplo.

Tuvo que hacer un gran sacrificio para no volver a mirar a Vera Marvin.

La joven se hallaba unos quince metros más allá, de pie sobre una roca.

La más alta de todas.

Barry le había indicado que se subiera allí y vigilara el horizonte, mientras él partía la cadena de las esposas a martillazos.

Los tres pensaban que el yate de Mark Holbrook aparecería de

un momento a otro.

La roca a la cual había trepado Vera, se hallaba más adelantada que la que utilizaban Barry y Rosanna como yunque, para partir la cadena, por lo que la sobrina de Holbrook les daba la espalda.

La espalda... y lo otro, que era lo que había estado contemplando Barry, con menos disimulo, por lo visto, de lo que él creía.

Y es que, como ya se ha dicho, el bikini de Vera Marvin era tan minúsculo o más que el de Rosanna Darnell, y las lindas posaderas de la sobrinita de Holbrook quedaban totalmente al descubierto, para placer visual de Barry y contrariedad de Rosanna, la cual ya se había dado cuenta de que el apuesto Barry miraba a Vera de un modo muy particular, y eso la irritaba.

Ella tenía lo mismo que Vera.

Y lo tenía más grande.

¿Por qué, entonces, al tonto de Barry parecía gustarle mucho más la sobrina de Holbrook?

Mientras Rosanna pensaba esto, Barry seguía soltando martillazos con la zurda.

Vera se volvió un instante hacia ellos.

—¿Falta mucho, Barry? —preguntó.

—No, ya está casi —respondió Layton.

—Dese prisa, por favor.

—¡No lo pongas nervioso, maldita sea! —barbotó Rosanna—. Si fallara un golpe con el martillo...

—¿Quiere que lo sostenga yo, Barry? —se ofreció Vera.

—¿El qué?

—El escoplo. A mí no me da miedo.

—¿Y quién ha dicho que a mí me lo dé? —gritó Rosanna, mirando desafiante a la sobrina de Holbrook.

—No os pongáis a discutir, por favor —rogó Barry.

Vera y Rosanna le hicieron caso y no volvieron a hablar.

Instantes después, Barry conseguía partir la cadena de las esposas.

—¡Ya está! —exclamó, jubiloso.

—¡Por fin! —exclamó Rosanna, muy contenta también.

Tan contenta, que se abrazó descaradamente a Barry y le dio un beso en la boca de esos que cortan la respiración.

Bueno, esto no lo hizo porque estaba contenta, sino para chingar a Vera, pues adivinaba que también a ella le gustaría abrazar y besar a Barry.

De pronto, Vera Marvin gritó:

—¡Barco a la vista...!

* * *

Tras la sorprendente revelación de Troy Cannon, Mark Holbrook tuvo la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies.

Boqueó.

Parpadeó.

Gesticuló con las manos.

Pero no hablaba.

Se había quedado sin voz.

No menos atónitos estaban Paul, Andrew, Harold, Logan y Charlie; especialmente, los tres últimos.

¡Barry Layton un agente del FBI!

¡Con razón no habían podido con él en la pelea que sostuvieron en el corredor de los camarotes!

¡Y con razón los había arrojado a los tres del bote hinchable con tan asombrosa facilidad, pese a tener sujeta la mano derecha!

Troy Cannon sonrió, con su característica frialdad.

—Ni la más ligera sospecha, ¿verdad, Mark?

Holbrook, aunque entre tartamudeos, consiguió decir:

—¿Estás... estás seguro de que... de qué...?

Cannon asintió levemente con la cabeza.

—Absolutamente seguro, Mark. El FBI sospecha que tú te dedicas al tráfico de drogas, aunque no tiene pruebas. Para conseguirlas, nada mejor que introducir uno de sus agentes entre tu personal. El elegido fue Barry Layton, un agente joven, pero valiente y decidido como pocos. Ignoro lo que haya podido descubrir en los pocos días que lleva a tus órdenes, pero...

—Nada —le interrumpió Holbrook—. No ha podido descubrir nada, porque mis hombres tenían órdenes de no mencionar para nada nuestras verdaderas actividades —explicó.

—¿Desconfiabas de él...?

—No, era pura precaución. Quería asegurarme de que era la

clase de individuo que yo suponía y necesitaba, antes de revelarle nada. Pero confieso que lo hubiera hecho mañana, poco antes de vuestra llegada. De no haber ocurrido lo de Rosanna y él, naturalmente.

—Puede haber averiguado algo por su cuenta.

—Imposible. Siempre había alguno de mis hombres vigilándole, día y noche. Pero, aunque hubiese descubierto algo, de poco le iba a servir...

—¿Seguro que no podrá salir con vida de ese islote, Mark? — insistió Cannon.

Holbrook pensó en Vera, su sobrina.

Estuvo a punto de hablarle de ella a Cannon, pero no lo hizo.

Cannon era capaz de matarla.

Mejor que no supiera de ella.

Él y sus hombres se encargarían de liquidar a Barry Layton y Rosanna Darnell, sin que intervinieran para nada Troy Cannon y su gente.

—Seguro, Troy —respondió a la pregunta de Cannon, sonriendo—. Puedes marcharte tranquilo.

Troy Cannon también sonrió.

Pero lo hizo de un modo muy extraño.

Sospechoso.

Peligroso.

—Muchachos. —Dijo, levantando la mano derecha.

Los cuatro hombres que le acompañaban extrajeron velozmente sus armas.

Cuatro pistolones *Parabellum*.

Provistos de tubo silenciador.

Apuntaron con ellos a Mark Holbrook y sus hombres, dejándolos helados a los seis.

Sin color en el rostro.

Holbrook, con gesto de incredulidad, balbuceó:

—¿Qué significa esto, Troy...?

—Te lo dije antes, Mark. El FBI sospecha de ti. Y con el FBI hay que tener mucho cuidado. Son tozudos, no paran hasta conseguir lo que se proponen. Barry Layton ya no es problema, porque morirá en ese islote desierto, pero enviarán nuevos agentes con idéntica misión: hallar pruebas contra ti y enjaularnos a todos.

—Pero...

—No puedo arriesgarme, Mark, compréndelo. Si caes tú, caigo yo también. Y yo no quiero caer. Eliminándote a ti y a tus hombres, el FBI se queda sin la única pista que podría conducirlos hasta mí.

—¡No puedes estar hablando en serio, Troy!

—Lo siento mucho, créeme. Pero no tengo otra alternativa, Mark.

Paul y Andrew no esperaron más, y movieron las diestras hacia sus armas.

Ni siquiera llegaron a empuñarlas.

Los hombres de Troy Cannon dispararon antes las suyas.

Paul y Andrew se derrumbaron, con varios agujeros en el pecho.

Harold, Logan y Charlie, desarmados, intentaron ponerse a cubierto, pero tampoco ellos lograron su propósito.

Los hombres al servicio de Troy Cannon los acribillaron por la espalda, sin piedad.

Mark Holbrook, más amarillo que un cadáver, dudó entre extraer su pistola o implorar por su vida.

Consciente de que esto último no serviría de nada, se decidió por lo primero.

Sabía que tampoco serviría de mucho, pero al menos tendría una muerte más digna.

Efectivamente, no sirvió de nada.

Empuñó su pistola, sí, pero no le dio tiempo a apretar el gatillo ni una sola vez.

Los matones de Troy Cannon hicieron funcionar nuevamente sus temibles *Parabellum*.

Mark Holbrook recibió media docena larga de impactos y se derrumbó como una marioneta.

Troy Cannon contempló los seis cadáveres, sin denotar ninguna emoción.

—Asunto arreglado, jefe —dijo uno de sus hombres, guardando su arma.

—Todavía falta una cosa, muchachos. Dinamitar el yate y mandarlo al fondo del mar —indicó tranquilamente Cannon, al tiempo que extraía un hermoso cigarro puro y se lo llevaba a la boca.

CAPÍTULO X

No era cierto que Vera Marvin hubiese visto ningún barco.

Sólo quería interrumpir el descarado beso que Rosanna Darnell le estaba dando a Barry Layton.

Y lo consiguió.

Barry se soltó en el acto de la ardiente rubia y corrió hacia la roca alta, trepando a ella con rapidez.

—¿Dónde está, Vera?

—¿El qué?

—El barco.

—No era un barco, era una gaviota.

—¿Qué...?

—Lo siento, me confundí.

Barry entrecerró un ojo.

—¿Seguro que fue una confusión?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Quizá le molestó que Rosanna me besara.

—¿Por qué iba a molestarme? Por mí puede comérselo a besos, si quiere. No me importa en absoluto.

—Está bien, siga vigilando.

—¿Por qué no vigila ella? Seguro que tiene mejor vista que yo.

—No lo creo, pero le diré que la revele. ¿La ayudo a bajar?

—Gracias, pero puedo yo sola.

—Como prefiera.

Barry descendió de la roca con gran agilidad.

Vera lo hizo a continuación, muy ágilmente también.

Tuvo mala suerte, sin embargo, y le resbaló un pie, cayéndose cuando todavía se hallaba a unos dos metros del suelo.

Vera dio un grito.

Pero no de dolor, porque no llegó a estrellarse contra el suelo.
Cayó en los brazos de Barry.

Instintivamente, se cogió al cuello de él.

—¡Qué susto! —dijo.

—¿Tan feo soy...? —sonrió socarronamente Barry.

—No sea tonto. Sabe perfectamente que me refería a la caída.

—Por suerte estaba yo aquí para recogerla.

—¿Intuía que iba a caerme?

—No, pero era un espectáculo tan delicioso verla descender de la roca...

—¿Lo dice por la brevedad de mi bikini?

—Es un modelito realmente turbador.

—El de Rosanna es más reducido que el mío.

—Me parece que en eso hay empate.

—¿Le importaría bajarme, Barry?

—¿El qué?

—El nada, atrevido. A mí.

—Perdone, no había comprendido —carraspeó Barry.

—Claro que había comprendido. Lo que pasa es que todos los hombres son igual y siempre están pensando en lo mismo.

Barry, sin replicar, depositó a la atractiva Vera en el suelo.

Rosanna ya estaba junto a ellos.

—¡Hay que darse prisa, Barry! —apremió.

—¿Para qué, Rosanna?

—¿No es el yate de Holbrook, el barco que ha visto Vera?

—No era un barco, era una gaviota —explicó Barry.

—¡Oh, no!

—Lo siento, la vista me jugó una mala pasada —dijo Vera, en tono no exento de ironía.

—Deberías ir al oculista —rezongó Rosanna.

—Pediré número cuando vuelva a San Francisco.

—¿Por qué te tenía Barry en brazos?

—Me caí de la roca cuando descendía, y él me recogió.

—Qué oportuno.

—Por cierto, todavía no le he dado las gracias, Barry.

—No tiene importancia —repuso Layton.

—Claro que la tiene —sonrió cautivadoramente Vera, y ni corta ni perezosa le besó en los labios.

Al propio tiempo, se preocupó de que las puntas de sus senos presionaran sobre el tórax masculino.

Barry pudo advertir la firmeza de los pechos de la joven, así como el agradable calorcillo que emanaba de ellos, y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no estrujarla entre sus brazos y devolverle el beso con ardor.

De pronto, Rosanna dio un grito.

Barry respingó y separó su boca de la de Vera.

—¿Barco a la vista, Rosanna...?

—¡No, un avión!

* * *

Barry Layton y Vera Marvin miraron rápidamente hacia el cielo. Ninguno de los dos vio nada.

—¿Dónde está, Rosanna...? —preguntó Barry, la mano sobre la frente, a modo de visera.

—¡Se fue, apenas picarme!

Barry la miró del mismo modo que miraría a un habitante del planeta Júpiter.

—¿Que un avión te picó...?

—¡Bueno, un mosquito tan grande como un avión, quise decir! —aclaró Rosanna Darnell.

Vera Marvin, adivinando que se trataba de una treta de la rubia para que ella dejara de besar a Barry Layton, sonrió irónicamente y preguntó:

—¿Y dónde te picó, Rosanna?

—¡Aquí, en la nalga izquierda! —Rosanna se dio la vuelta y se levantó la corta bata de baño, señalando con su dedo índice un determinado punto de la posadera zurda, a la vez que sacaba exageradamente el trasero, como si lo estuviera presentando a un concurso de eso precisamente, de traseros.

Barry se agachó, para observarlo de cerca.

Como si fuera el presidente del jurado, vamos.

—Yo no veo nada, Rosanna...

—Pues hay mucho que ver, Barry —dijo Vera, irónica.

—Me refiero a la señal dejada por el agujón del mosquito —carraspeó Layton, irguiéndose.

—¡Era gigantesco, de verdad! —insistió Rosanna, sin cambiar de posición—. ¡Seguro que pilló las fiebres!

—¿Qué fiebres?

—¡Esas que transmiten los mosquitos y que son tan malas!

—Mujer, no hay que ser tan pesimista...

—¡Me pondré muy malita, lo sé! —sollozó Rosanna, que era una comedianta de primera.

Vera Marvin, dispuesta a terminar con la farsa, rogó:

—Traiga mi cuchillo, Barry, rápido.

—¿Para qué? —preguntó Layton, extrañado.

—Haré una incisión en la nalga de Rosanna y le chuparé la sangre.

Al oír aquello, la rubia escondió el trasero y se bajó la bata de baño, todo ello en una fracción de segundo.

—¡La incisión se la harás a tu tía, vampira! —dijo, olvidándose de los fingidos sollozos.

—Es el único modo de extraer el virus inoculado por el aguijón del mosquito gigante, Rosanna... —explicó Vera, conteniendo la risa.

—¡A mí no me picó ningún mosquito, ni gigante ni enano!

—¿No...? —fingió sorprenderse la sobrina de Holbrook.

—¡No, como tampoco tú confundiste una gaviota con un barco!
¡Las dos sabemos por qué mentimos!

Barry Layton se dijo que era el momento de intervenir.

—Sube a la roca, Rosanna, y vigila el horizonte —indicó.

—¿Ese trabajo no lo realizaba Vera? —repuso la rubia.

—Nos iremos turnando, para que no resulte tan pesado.

—Muy bien —rezongó Rosanna, y empezó a trepar por la roca.

Vera fue hacia donde yacían sus cosas.

Barry esperó a que Rosanna estuviera en lo alto de la roca, no fuera a caerse también, y luego se reunió con la sobrina de Mark Holbrook.

Ésta dijo:

—Póngase el equipo de buceo, Barry. Debe estar usted a punto para cuando aparezca el yate de mi tío.

—Sí, tiene razón —repuso Layton, sacándose la ceñida camiseta.

Se sacó también las zapatillas y el pantalón, quedando en bañador.

Un bañador tipo *slip*, reducido y ajustado.

A Barry le pareció que la sobrina de Holbrook se ponía un poco nerviosa.

Mientras se equipaba, dijo:

—Gracias por el beso, Vera.

—Lo hice sólo para fastidiar a Rosanna —explicó ella—. Sabía que le sentaría como un tiro.

—Como lo de que había un barco a la vista...

—También, lo confieso.

—Le cae mal Rosanna, ¿eh?

—Muy mal.

—¿Porque quiso engañar a su tío conmigo?

—Estuvo muy feo, ¿no le parece? Como también estuvo muy feo que usted no la rechazara. Mi tío era su jefe, debió usted respetar a su chica.

—Lo intenté, créame. Pero no es fácil rechazar a una mujer como Rosanna.

—Excusas —gruñó Vera.

Barry no replicó.

Ya se había puesto el equipo de buceo, con la sola excepción de las aletas.

Barry iba a elogiar la calidad del equipo, cuando oyeron gritar a Rosanna:

—¡Un avión!

Vera rezongó:

—Ya le ha picado otro mosquito gigante, y me estoy imaginando dónde.

Rosanna volvió a gritar:

—¡Se acerca un avión, Barry!

—Vaya, todavía no le picó —dijo Vera.

—¡Cúbrete las nalgas con las manos, para que no te pique! —aconsejó Barry, sonriendo, porque como Vera, creía que era otra argucia de la rubia.

—¡Esta vez va en serio, Barry! ¡Es una avioneta, y viene directa hacia el islote!

Barry y Vera empezaron a creer que Rosanna decía la verdad.

El rumor de un motor llegó hasta ellos, como confirmación a las palabras de la rubia.

Barry y Vera escudraron el cielo, maravillosamente azul.

No tardaron en descubrir el aparato.

No era una avioneta, sino una hidro-avioneta.

Moderna.

Reluciente.

Cara.

Y, como Rosanna había advertido, volaba directa hacia el islote.

* * *

Sí.

Era la hidro-avioneta de Troy Cannon, el jefe de la importante organización que traficaba con drogas.

Troy Cannon, tras la voladura del lujoso yate de Mark Holbrook, había ordenado a sus hombres buscar el islote en donde Holbrook depositara a Barry Layton y Rosanna Darnell.

Quería asegurarse por sí mismo de que, efectivamente, era imposible que saliesen con vida de aquel islote.

Él y sus hombres se llevaron una gran sorpresa al descubrir que había alguien más con el agente del FBI y la ex amiga de Holbrook.

Y que éstos no se hallaban esposados el uno al otro, como había asegurado Holbrook.

Y que Barry Layton disponía de un magnífico equipo de buceo.

Y de un fusil de pesca submarina.

Y de un cuchillo.

Todo esto hizo que Troy Cannon alterara sus planes.

No dejarían que Barry Layton, Rosanna Darnell, y la muchacha morena, fuese quien fuese, siguiesen vivos en el islote.

Mark Holbrook estaba muy seguro de que el agente del FBI no había descubierto nada en el tiempo que permaneció a sus órdenes, pero él no estaba tan seguro.

Además, había que tener en cuenta a Rosanna Darnell.

Ella podía darle mucha información a Layton, pues llevaba bastante tiempo con Holbrook, y había presenciado la entrega de varios cargamentos de droga, y los conocía a él y a sus hombres.

A Rosanna, claro, no le había dicho nadie qué clase de mercancía pasaban de la hidro-avioneta al yate, pero tenía que ser

muy tonta para no sospecharlo, teniendo en cuenta que las entregas se efectuaban en alta mar y siempre con las máximas precauciones.

En cuanto Barry Layton le confesase que él era un agente del FBI, y lo que buscaba en el yate de Mark Holbrook, Rosanna soltaría la lengua y le contaría todo lo que sabía.

No.

No podían continuar con vida, pues cabía la posibilidad de que pudiesen abandonar el islote por sus propios medios.

Era más seguro matarlos a los tres.

Y eso fue lo que ordenó Troy Cannon a sus hombres: que acabaran con Barry Layton, Rosanna Darnell, y la misteriosa muchacha que estaba con ellos.

CAPÍTULO XI

La hidro-avioneta sobrevoló el trozo de playa, a baja altura, y se perdió por encima de los árboles y la abundante maleza que daban al islote un aspecto selvático.

Rosanna Darnell descendió rápidamente de la roca alta y corrió hacia Barry Layton y Vera Marvin.

Éstos habían agitado los brazos y lanzado algunos gritos al paso de la avioneta, aunque sabían que las personas que viajaban en ella tenían que haberlos visto forzosamente.

—¡Estamos salvados, Barry! —exclamó la sobrina de Holbrook, dando saltos de alegría.

—¡Lo que estamos es perdidos! —dijo Rosanna, llegando junto a ellos, con claro gesto de temor.

Barry Layton frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso, Rosanna?

—¡Conozco esa hidro-avioneta, Barry! ¡Pertenece a Troy Cannon, un hombre con el que tiene negocios Mark Holbrook!

—¿Qué clase de negocios?

—¡Drogas, creo!

—¿Drogas...? —Respingó Vera Marvin, incrédula.

—Tú no sabías nada, ¿verdad?

—No. Y me resisto a creerlo.

—¿Tú tampoco lo crees, Barry?

—Sí, yo sí —asintió Layton—. Antes de trabajar para Holbrook, ya sospechaba que se dedicaba al tráfico de drogas. En realidad, me puse a sus órdenes por eso. Creo que ya os lo puedo decir a las dos: soy un agente del FBI.

Vera y Rosanna se quedaron boquiabiertas.

—Un agente del FBI... —murmuró la primera.

—¡No es posible! —dijo la segunda.

—Os aseguro que es cierto. Mi misión consistía en averiguar quién, cómo y dónde entregaba los cargamentos de droga a Mark Holbrook, para que éste, posteriormente, los distribuyera. Ahora ya lo sé: Troy Cannon Dentro de poco hará entrega de uno. O quizá lo haya hecho ya...

—En cualquier caso, estamos perdidos —dijo Rosanna—. Troy Cannon y sus hombres nos han visto a los tres, saben que tú y yo ya no estamos esposados el uno al otro, que dispones de un equipo de buceo, de armas...

—Sí, me temo que la situación ha cambiado para nosotros —suspiró Barry—. Ya no podemos contar con el factor sorpresa. Mi plan se ha ido al traste.

De pronto, Vera Marvin estiró el oído.

—¡Escuchad!

Barry y Rosanna estiraron los suyos.

—¡Es la avioneta! —exclamó la rubia.

—Sí, se acerca de nuevo. ¡Pronto, ocultémonos en la maleza! —indicó Barry.

Corrieron los tres hacia la salvaje vegetación.

Ocultos en ella, vieron pasar la hidro-avioneta.

Muy baja.

Y a menos velocidad que antes.

Como si se dispusiera a amerizar.

Y eso hizo.

El aparato se deslizó sobre el agua, trazó un semicírculo, y finalmente se detuvo, a unos cincuenta metros de la playa.

—¡Se han detenido! —gritó Rosanna.

—¡Van a venir por nosotros! —Adivinó Vera.

—Deben estar al corriente de lo que sucede —dijo Barry—. Han estado en el yate ya, no hay duda.

—¿Y por qué han venido ellos por nosotros, en lugar de mi tío?

—Quizá tu tío también vaya en la avioneta.

—¡Han lanzado al agua un bote hinchable! —exclamó Rosanna.

Era cierto.

Cuando el bote estuvo totalmente inflado, tres hombres descendieron de la hidro-avioneta y lo ocuparon, llevando un par de remos.

Los que portaban los remos empezaron a remar.

El bote fue acercándose a la playa.

Barry Layton descubrió que uno de ellos, el que no remaba, empuñaba una pistola.

—Esto se pone feo, chicas —rezongó.

—¿Acaso no lo estaba ya? —repuso Rosanna Darnell, con un hilo de voz.

—Esos tipos vienen a liquidarnos.

—¿A los tres...? —preguntó Vera Marvin, estremeciéndose.

Barry le tomó la mano y se la apretó suavemente.

—Tú no tienes nada que temer, Vera. Es a Rosanna y a mí a quienes quieren escabechar. A ti te devolverán a tu tío, sana y salva. Suponiendo que logren acabar con nosotros, claro. Y no les va a ser fácil.

—¿Tienes otro plan, Barry? —preguntó Rosanna.

—Sí, creo que sí.

—Recemos para que salga bien, Vera.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —se apresuró a orar la sobrina de Holbrook, a quien un sexto sentido parecía advertir que su vida corría tanto peligro como las de Barry y Rosanna.

* * *

Los tres hombres que Troy Cannon había enviado al islote, para acabar con Barry Layton, Rosanna Darnell, y la muchacha morena cuya identidad él desconocía, alcanzaron la playa.

Saltaron al agua y arrastraron el bote hasta la arena.

Los dos que habían remado extrajeron sus armas.

Observaron los tres la espesa vegetación.

—No va a ser fácil encontrarlos en esa especie de selva, muchachos —masculló el tipo que no le diera al remo.

—Opino lo mismo, Alfred —rezongó el que estaba a su derecha.

—Pues yo no lo veo tan complicado, chicos —habló el tercero.

Alfred lo miró.

—¿No, Ted...?

—El islote es pequeño. Daremos con ellos por muy bien que se escondan.

—Ted parece olvidar que se trata de dar caza a un agente del FBI

—rezongó el otro sujeto.

—No lo olvido, Ronald. Pero te recuerdo que el agente no lleva pistola.

—Pero tiene un fusil de pesca submarina. Y un cuchillo.

—No es lo mismo, y vosotros lo sabéis.

—Bien, basta de charla —gruñó Alfred—. Cuanto antes empecemos a buscarlos, antes los encontraremos.

Echaron los tres a andar, *Parabellum* en mano.

Con los ojos bien abiertos, para no dejarse sorprender por el agente del FBI.

Guiados por las huellas que Barry, Vera y Rosanna dejaran en la arena, se adentraron en la maleza.

Lo primero que encontraron fue parte del equipo de buceo que llevara puesto Barry Layton.

Las botellas de aire comprimido, las gafas, las aletas, el cinturón de lastre...

El agente se había despojado de todo ello para poder moverse con mayor libertad y sigilo por entre la maleza.

De pronto, algo se movió cerca de los tipos.

A su izquierda, concretamente.

Los tres volvieron sus armas velozmente hacia allí.

Dispararon.

No sabían exactamente sobre quién o sobre qué, pero dispararon.

De repente, se escuchó un alarido.

Alfred y Ronald se estremecieron, porque el alarido lo había lanzado Ted, quien ya se desplomaba, con un arpón clavado en el centro de su espalda.

Alfred y Ronald se revolvieron como centellas y dispararon hacia el punto opuesto al que dispararan antes, pues el agente del FBI se había cargado a Ted desde allí.

Pero dispararon a ciegas, como antes, porque seguían sin descubrir a Barry Layton.

Unos segundos después, se escuchaba un grito de angustia.

Alfred sintió que un ramalazo de frío le sacudía el cuerpo cuando vio derrumbarse a Ronald, con un cuchillo hundido entre sus omoplatos.

Presa del pánico, se puso a disparar frenéticamente en todas

direcciones, mientras aullaba:

—¡Da la cara, maldito! ¡No es de hombres tirar la piedra y esconder la mano! ¡Déjate ver, hijo de perra!

El agente del FBI se mantuvo oculto.

Callado.

Silencioso.

Había utilizado ya el fusil de pesca submarina y el cuchillo.

No disponía de más armas.

Sólo sus manos.

Pero no podría utilizarlas si no conseguía caer por sorpresa sobre el tipo que quedaba con vida.

Había que esperar el momento oportuno para saltar sobre él.

Y ese momento se presentó cuando el tipo agotó el cargador de su *Parabellum*.

Alfred rezongó una imprecación.

Rápidamente extrajo de su bolsillo un cargador de repuesto.

Barry Layton no le dio tiempo a colocarlo.

Surgió súbitamente por entre la maleza, como un gato salvaje, y cayó sobre él, derribándolo violentamente.

Rodaron los dos por el suelo.

Barry golpeó duramente a Alfred.

Éste, comprendiendo que en la lucha cuerpo a cuerpo no llevaba precisamente las de ganar, intentó zafarse del agente del FBI para apoderarse de la pistola de Ronald o la de Ted.

Consiguió apartar a Barry Layton de un brutal rodillazo en el pecho y se precipitó sobre una de las *Parabellum*.

Logró empuñarla.

Barry Layton, casualmente, había caído sobre una piedra bastante grandecita.

Sin dudarle un segundo la agarró y se la arrojó al tipo, justo en el instante en que éste empuñaba la pistola de Ronald.

Alfred recibió la pedrada en plena nuca.

Mal sitio.

Se escuchó un extraño crujido y el sujeto cayó de bruces, sin emitir quejido alguno.

Barry Layton se irguió con rapidez y se apoderó de la *Parabellum* que había logrado empuñar Alfred.

El agente del FBI tuvo la corazonada de que el tipo estaba

muerto.

Le tomó la muñeca.

En efecto, su corazón ya no latía.

La piedra, lanzada con mucha fuerza, le había destrozado las vértebras cervicales, ocasionándole la muerte instantánea.

Barry lo sintió por el tipo, aunque no demasiado.

Ellos habían ido a matarlos a él y a Rosanna.

Y Barry empezaba a sospechar que también a Vera, a juzgar por el modo con que los tipos dispararon contra la maleza, cuando él lanzó una pequeña piedra a la izquierda de ellos, para desorientarles, y poder iniciar su plan de ataque.

¿Tan poco le importaba su sobrina a Mark Holbrook?

¿O sería, tal vez, cosa de Troy Cannon?

Barry Layton interrumpió sus pensamientos, pues no era tiempo de reflexiones, sino de actuar.

De seguir actuando, más bien.

Llamó a Rosanna y a Vera.

No tardaron en aparecer, pálidas y asustadas las dos.

—¿Estás bien, Barry...? —preguntó Rosanna.

—Sí, perfectamente —las tranquilizó el agente.

—¿Y los tipos...? —musitó Vera, observando los cuerpos inertes de los tres.

—Muertos.

—Qué horror...

—Sí, comprendo que no es agradable. Pero ésta es una lucha a muerte, Vera. O ellos, o nosotros.

—Barry tiene razón —opinó Rosanna.

—Sí, sé que la tiene —murmuró Vera.

—Ayudadme a equiparme de nuevo —rogó Barry—. Voy a hacerles una visita a los que quedaron en la hidro-avioneta.

CAPÍTULO XII

Hasta la hidro-avioneta llegó, nítidamente, el eco de los disparos efectuados por las *Parabellum* de Alfred, Ted y Ronald, desprovistas en esta ocasión de silenciador.

Luego, silencio.

Un silencio absoluto.

Sospechoso.

Preocupante.

—Esto no me gusta nada, Perry —rezongó Troy Cannon, los ojos fijos en el islote.

Perry, sentado frente a los mandos de la hidro-avioneta, también tenía la mirada fija en el islote.

—A mí tampoco, jefe. Se han disparado tiros suficientes como para acabar con un regimiento entero, pero Alfred, Ted y Ronald no salen de la maleza.

—¿Crees a Barry Layton capaz de habérselos cargado a los tres?

—Para un agente del FBI no hay nada imposible, jefe.

—Layton no llevaba pistola...

—No, ya lo sé. Pero sí otro tipo de armas, igualmente peligrosas. Fusil de pesca submarina, cuchillo...

Hubo un silencio.

—Perry...

—¿Sí, jefe?

—¿No será que Alfred, Ted y Ronald se están divirtiendo con las chicas, antes de liquidarlas?

Perry sacudió la cabeza.

—No lo creo, jefe.

—Rosanna está como un tren, y la otra, la del pelo oscuro, también posee un cuerpo escultural...

—Sí, ya me di cuenta. Pero Alfred, Ted y Ronald saben que los estamos esperando, que no es momento de diversiones.

—Si es una diversión rápida...

Perry sacudió nuevamente la testa.

—Descarte eso, jefe. Alfred, Ted y Ronald no están abusando de las chicas.

—¿Y por qué no regresan?

—Porque están muertos.

Troy Cannon sintió un ligero estremecimiento.

—Eso sería terrible, Perry.

—Pues vaya haciéndose a la idea, jefe.

—¿Qué sugieres, Perry?

—Que nos larguemos de aquí.

—¿Sin averiguar lo que ha pasado?

—Para averiguarlo, tendríamos que ir al islote. Y eso sería muy peligroso, jefe. Sí, como nos tememos, el agente del FBI ha dado muerte a Alfred, Ted y Ronald, ahora ya dispone de armas de fuego. Tres hermosas *Parabellum*. Nos cosería a tiros, no lo dude.

—Te diré lo que vamos a hacer, Perry.

—Yo sigo votando por largarnos cuanto antes.

—No podemos dejar a Barry Layton y Rosanna Darnell con vida, Perry. La amiguita de Holbrook nos conoce, le hablará de nosotros al agente. Le habrá hablado ya, mejor dicho.

—No se preocupe. Volveremos con más gente y los liquidaremos a los dos. Y a la chica del pelo oscuro también.

—Escucha mi plan.

—Jefe...

—A callar, que voy a hablar yo —se puso autoritario Cannon.

Perry dio un suspiro.

—Está bien, le escucho.

—Ahí detrás llevamos dos equipos de buceo, ¿no?

—Tres, creo.

—Te pondrás uno.

Perry respingó.

—No irá a mandarme solo al islote, ¿verdad, jefe?

—Por supuesto que no. Serías hombre muerto.

—Eso mismo estaba pensando yo. Pero, si no voy a ir al islote, ¿para qué es el equipo de buceo?

—Te echarás al agua y, sumergido, esperarás a Barry Layton.

—¿Cómo sabe que va a venir?

—No tendrá más remedio que hacerlo, cuando vea que transcurren los minutos y nosotros no vamos por él. Necesitan la hidro-avioneta para salir del islote.

—Eso es cierto, jefe.

—Cuando venga, con su equipo de buceo, tú le dispararás con tu fusil de pesca submarina y lo ensartarás como si se tratara de un salmón.

—Dicho así, parece un juego de niños.

—Y lo será, Perry, porque el agente ni siquiera sospechará que tú le estás esperando sumergido en el agua.

—¿Y no sería mejor esperarle en la hidro-avioneta, jefe?

—No, porque eso es lo que pensará él, y le creo muy capaz de sorprendernos a los dos con alguno de sus trucos. El factor sorpresa debe estar de nuestra parte, no de la suya.

—Está bien, jefe. Voy a equiparme.

—Date prisa, Perry. Es posible que Barry Layton ya esté en camino.

* * *

Sí.

Barry Layton ya estaba en camino.

Pero hacía muy pocos segundos que se había sumergido en el mar, por suerte para Perry, que así tuvo tiempo de quitarse la ropa, ponerse uno de los equipos de buceo que llevaban en la avioneta, y echarse al agua, con un fusil de pesca submarina en las manos.

Se distanció unos metros de los patines de la hidro-avioneta, pero sólo lo suficiente para que a Barry Layton le fuese difícil descubrirle cuando se aproximara al aparato.

A él, en cambio, le sería sencillo descubrir al agente desde su posición, puesto que le estaba esperando, con los ojos bien abiertos.

No tuvo que esperar mucho.

Sólo unos pocos minutos después de haberse sumergido, vio aparecer al agente del FBI nadando sigilosamente.

Barry Layton también empuñaba su fusil de pesca submarina.

Había desclavado el arpón de la espalda de Ted para poder

utilizarlo de nuevo. También extrajo el cuchillo de entre los omoplatos de Ronald.

El agente estaba ya muy cerca de la hidro-avioneta.

La alcanzó.

Perry vio que Barry Layton le daba la espalda, y se dijo que era la ocasión de disparar su fusil.

Lo hizo.

Pero cometió el error de no aproximarse más al agente, y esto, unido al lógico nerviosismo, provocó el fallo.

El arpón rozó literalmente el costado izquierdo de Barry Layton, causándole, incluso, una leve herida.

El agente se revolvió en el acto, descubriendo a Perry.

A éste le entraron ganas de alejarse a toda prisa, antes de que Barry Layton lo ensartara.

Y eso hizo, alejarse a toda velocidad.

El agente del FBI se lanzó en su persecución.

No podía dejarle escapar.

Si le permitía alcanzar el islote, Vera y Rosanna se verían en dificultades.

Barry Layton movió las aletas natatorias con rapidez.

Buceaba mucho mejor que Perry, así que pronto lo tuvo a tiro.

El agente accionó el disparador de su fusil.

El arpón surgió veloz y se clavó en el costado derecho de Perry, el cual se retorció como un pulpo herido de muerte.

Él también estaba herido de muerte.

No obstante, aún tuvo fuerzas para desclavarse el arpón, pese al terrible dolor que ello le causó.

Apenas se lo hubo sacado, dejó de moverse.

Barry Layton hizo girar el carrete de su fusil, recogiendo el hilo y recuperando el arpón, el cual colocó de nuevo en el arma.

Nadó rápidamente hacia la hidro-avioneta.

Quedaba otro pez por cazar.

El más gordo de todos.

* * *

Troy Cannon estaba nervioso.

Terriblemente nervioso.

Como nunca en su vida lo había estado.

Y es que no confiaba demasiado en Perry.

O quizá fuese que temía demasiado a Barry Layton.

¿Lograría sorprenderle Perry?

¿Sería el agente quien lo sorprendiera a él?

Troy Cannon, que ahora empuñaba una Luger, no paraba de mirar por las ventanillas de ambas puertas.

De pronto, al asomar la cabeza por la de la derecha, un puño surgió de no supo dónde y se estrelló en su fea cara, destrozándole la nariz.

Troy Cannon cayó de espaldas, aullando de dolor.

Barry Layton, que se había despojado de las botellas de aire comprimido y de las aletas, para poder trepar a la hidro-avioneta con mayor agilidad y sigilo, abrió la puerta de un tirón y se introdujo en el aparato.

Troy Cannon, tumbado sobre el asiento del piloto, quiso apuntarle con su Luger.

El agente del FBI disparó su fusil, incrustándole el arpón en el hombro derecho.

Troy Cannon lanzó un alarido y soltó la Luger desgarrado de dolor.

Barry Layton se apoderó rápidamente de la pistola y le apuntó con ella.

—El juego terminó, Cannon. Sus hombres han muerto y usted está herido. Ha perdido la partida.

—Maldito agente del FBI... —Escupió.

—¿Sabía que pertenezco al FBI?

—Sí.

—¿Cómo lo averiguó?

—¿Qué importa eso ahora?

—¿Lo sabía Holbrook?

—No, él ni siquiera lo sospechaba. Yo se lo dije. Y, luego, lo mandé al infierno, por estúpido.

Barry Layton respingó levemente.

—¿Ha matado a Mark Holbrook...?

—A él y a todos sus hombres. Después, dinamitamos el yate y lo mandamos al fondo, para borrar todas las pistas. Lamentablemente, no ha servido para nada —masculló Cannon, el rostro contraído de

dolor, la nariz sangrante.

—Pobre Vera, cuando lo sepa... —murmuró Barry.

—¿Vera? ¿Se refiere a la muchacha del bikini rojo?

—Sí.

—¿Quién es?

—La sobrina de Holbrook.

—¿Y qué diablos hace ella en el islote?

—Vino a ayudarnos, sin que su tío se enterase.

—Otra estúpida —rezongó Cannon, apretándose el hombro traspasado por el arpón.

—Tendré que sacarle ese arpón, Cannon.

—No, que me hará rabiar de dolor.

—Ya está rabiando.

—Eso es verdad.

—Lo haré con cuidado.

—Está bien, adelante —gruñó Cannon.

Barry Layton dejó la Luger fuera del alcance de Troy Cannon, y luego le extrajo el arpón, de un seco tirón.

Cannon no pudo resistir el dolor y se desmayó.

EPÍLOGO

Barry Layton llamó a Vera Marvin y Rosanna Darnell.

Ambas surgieron al instante por entre la maleza del islote.

El agente del FBI les dijo que podían ir a la hidro-avioneta, pues la situación estaba dominada. También les rogó que llevaran la ropa de él.

Vera y Rosanna recogieron los tejanos, la camiseta y las zapatillas del agente, colocándolo todo en el bote hinchable, el cual arrastraron hacia el mar.

Empuñaron un remo cada una y empezaron a remar hacia la hidro-avioneta.

Mientras tanto, Barry Layton, haciendo uso del botiquín que encontró en la avioneta, atendió el hombro de Troy Cannon, quien seguía desvanecido.

Poco después, Vera y Rosanna alcanzaban la hidro-avioneta.

Barry las ayudó a subir.

El agente no tuvo más remedio que comunicar a Vera la muerte de su tío, informándole de cómo había sucedido.

La joven no pudo contener las lágrimas.

Barry la estrechó cariñosamente entre sus brazos y trató de consolarla.

Minutos después, Barry Layton se sentaba frente a los mandos de la hidro-avioneta y ponía el motor en marcha.

No tuvo ningún problema para pilotarla, y media hora después estaban en Honolulu.

Antes de abandonar la avioneta, Barry se puso los tejanos y las zapatillas, al tiempo que indicaba a Vera que se enfundase su camiseta.

Rosanna aún llevaba una corta bata de baño, pero ella...

Vera no se hizo de rogar.

Comprendía que no podía presentarse a la policía luciendo un

bikini tan atrevido, así que se colocó la camiseta de Barry, la cual le cubría todo el trasero, quedando su problema totalmente solucionado.

Barry Layton entregó a Troy Cannon a la policía de Honolulu, a quien informó de todo lo sucedido.

También habló, telefónicamente, con el Departamento Central del FBI, en Washington, al cual pertenecía.

Luego, se trasladaron los tres a un hotel, ocupando sendas habitaciones.

Como Vera y Rosanna se habían quedado sin ropa, y no disponían de dinero para comprar alguna, Barry salió en busca de lo imprescindible.

Un rato después, estaba de vuelta.

Fue primero a la habitación de Vera Marvin.

La joven seguía acusando visiblemente la muerte de su tío, pero sonrió con suavidad cuando el agente le entregó las cosas que había comprado para ella.

Una corta falda, una liviana blusa, un *slip*, zapatillas.

—Gracias, Barry.

—No te he comprado sujetador porque creo que tú no lo usas carraspeó el agente. —¿Me equivoco?

—No, estás en lo cierto.

—Además, no hubiera sabido qué talla comprarte.

—¿No sabes calcularlo, con la mirada?

—No, no tengo buen ojo para eso.

—Permíteme que lo dude.

—De veras, créeme —rió Barry.

—¿Eso otro es para Rosanna?

—Sí, voy a llevárselo ahora.

—Espera, te devolveré la camiseta.

—No, luego vendré por ella, Si no te importa.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos minutos.

—Tardarás mucho más.

—¿Por qué dices eso?

—Rosanna tiene ganas de estar un rato contigo a solas, y ahora va a tener la oportunidad. En cuanto te vea entrar en su habitación, se colgará de tu cuello, se pegará a ti como cola de pino, y te

obligará a hacerle el amor.

—La rechazaré.

—No es fácil rechazar a una mujer como Rosanna, tú mismo lo dijiste.

—Yo quiero estar contigo, Vera, no con Rosanna —dijo Barry, y la besó cálidamente en los labios.

La joven aceptó la caricia.

—¿Lo dices en serio, Barry? —preguntó, después.

—Sí, muy en serio.

—Entonces, te esperaré.

Barry le besó de nuevo y prometió:

—Antes de cinco minutos volveremos a estar juntos.

—A ver si es verdad.

Barry salió de la habitación y fue a la de Rosanna.

Pilló a la rubia sumergida en la bañera.

Pero no había espuma.

El agua estaba limpia, totalmente transparente.

—Adelante, Barry —invitó Rosanna, sonriéndole provocativamente.

El agente del FBI, sin embargo, no cruzó la puerta del baño, aunque tenía los ojos clavados en el desnudo cuerpo de la rubia, en sus mórbidos muslos, ligeramente separados, en sus abultados senos, que parecían flotar en el agua, en su pubis, que ella no hacía nada por ocultar.

—Anda, ven —insistió la ex amiga de Holbrook, moviendo las rodillas—. Cuatro manos enjabonan mejor que dos —añadió con malicia.

Barry carraspeó.

—Lo siento, Rosanna, pero no tengo tiempo. Vera me espera.

—¿Vera? ¿Para qué?

—Quiero pedirle que sea mi novia.

—¡Oh, no!

—Me gusta mucho, Rosanna.

—¿Más que yo?

—De un modo distinto.

—Entiendo.

—Oh, vamos, no te pongas triste. Tú no estarás mucho tiempo sola.

—No, de eso puedes estar seguro.

—Nos veremos luego, Rosanna.

—Vete a la porra, anda.

—¿Dónde te dejo esto? —Barry le mostró la ropa que le traía.

—Puedes comértelo, si quieres.

—Lo pondré sobre la cama.

—Vamos, lárgate ya —gruñó la rubia, realmente furiosa.

Barry le dedicó una sonrisa y se alejó, dejando sobre la cama las cosas que le había comprado.

Se reunió con Vera Marvin.

—Qué cinco minutos más largos, Barry —dijo ella, cercándole el cuello con sus brazos.

—He cumplido mi palabra, Vera —sonrió el agente, abarcándola por la cintura y apretándola contra sí.

—¿Intentó Rosanna...?

—Lo intentó.

—¿Y tú...?

—Le dije que estoy enamorado de ti, y que si algún día me caso, será contigo.

Los ojos de Vera Marvin resplandecieron.

—¿Y es verdad eso, Barry?

—A demostrártelo he venido —repuso el agente, tomándola en brazos y llevándola hacia el lecho, donde la depositó dulcemente.

Lo primero que hizo fue despojarla de la camiseta.

—¿Me la quitas porque es tuya? —sonrió Vera.

—Por eso, y porque molesta.

—¿Molesta algo más?

—Esto —dijo Barry, y le quitó la pieza superior del bikini.

Los senos de Vera Marvin, tersos, armoniosos, agresivos, quedaron al descubierto.

—¿Quién dijo que las maravillas del mundo son siete? —murmuró Barry, acariciándoselos con delicadeza.

—No son los de Rosanna, desde luego.

—A mí que me den calidad, no cantidad.

—Pues, en el islote...

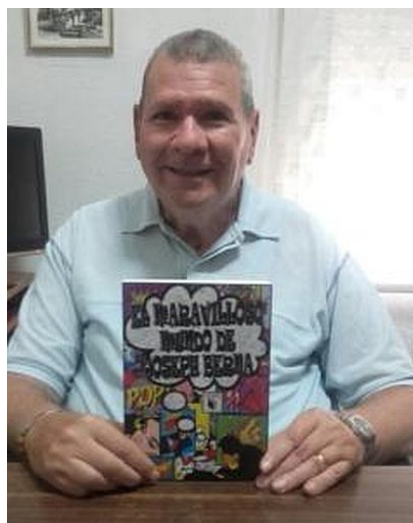
—Olvida ese maldito islote, Vera. Hubiera sido el cementerio para Rosanna y para mí de no venir tú a ayudarnos, y no quiero recordarlo.

—Yo tampoco, Barry, yo tampoco —se entristeció Vera, y se abrazo con fuerza a él.

Barry Layton la besó largamente, con mucha pasión, sin dejar de acariciar su cuerpo desnudo.

Poco después, la telita inferior del bikini se reunía con la superior y con la camiseta, lanzada por el agente del FBI, y la total unión de sus cuerpos tuvo lugar, llenándolos de placer y de felicidad a los dos.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio "La Ferroviaria", del que guarda un grato recuerdo de su profesora "Doña Consuelo" que le apodó con el nombre de "Tragalibretas" debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto "José de Rivera" donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como "Seis cadáveres en potencia", "El reino de los seres de hielo", "La mansión de los mil y un horrores", "El coleccionista de seres", "El

terror cayó del cielo” o “El planeta robotizado”.